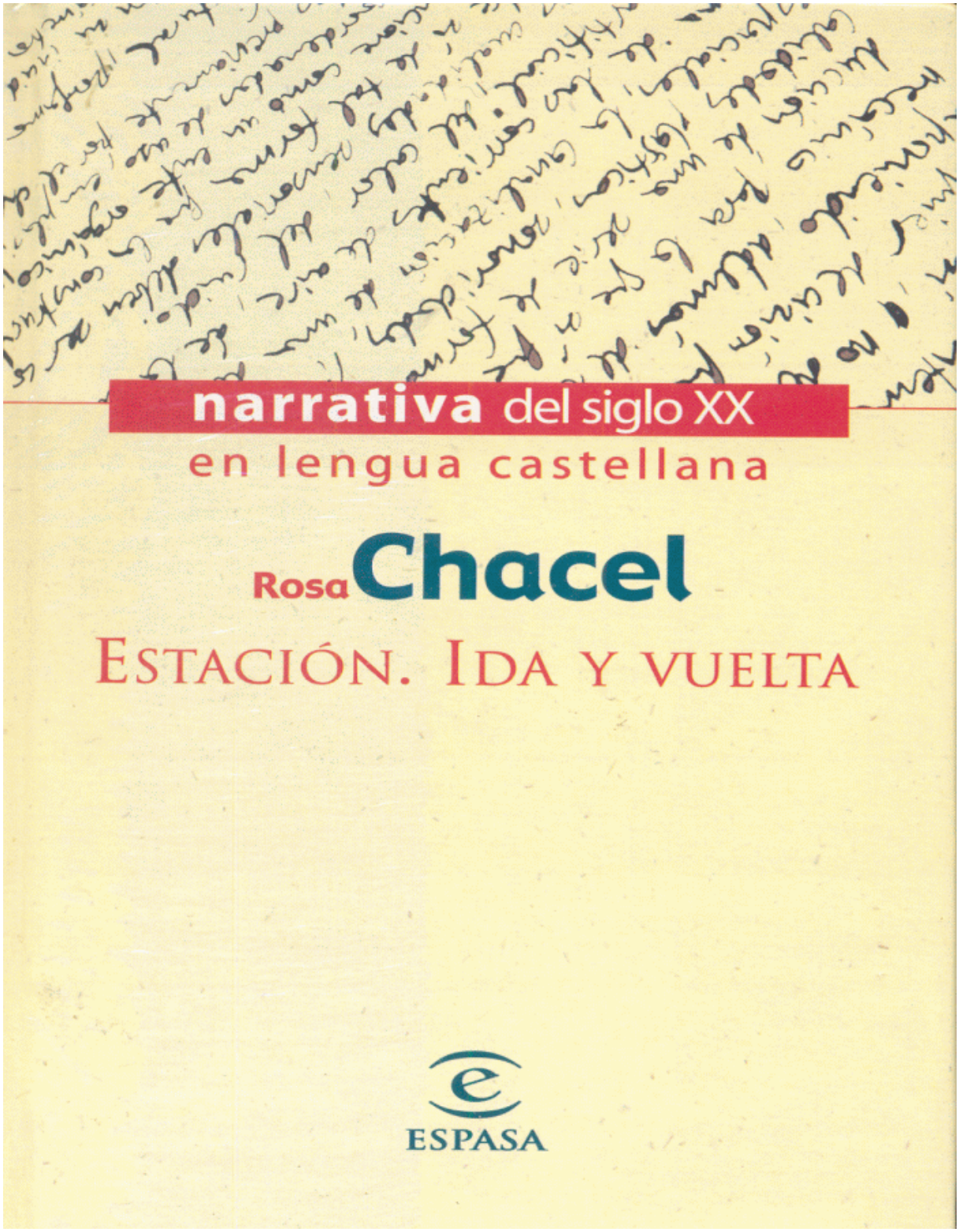
ESTACIÓN. IDA Y VUELTA
ROSA CHACEL



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

NOTICIA

Este libro, publicado en Madrid por la Editorial Ulises en 1930, fue escrito en Roma en el invierno del 25 al 26; por lo tanto, hoy día tiene cuarenta y ocho años. Si en su tiempo fue incomprendido -inadvertido, más exactamente-, al parecer ahora corre un riesgo de incomprensión que sería más justificado. Este es un libro de juventud, de *inocencia,* término que aclararé más tarde; de *destierro,* otro término que hay que poner en claro, porque aquí no quiere decir *exilio,* sino distancia, alejamiento *voluntario.* El alejamiento voluntario no implica desarraigo, sino tensión: consiste en una prueba de elasticidad; consiste en tirar del muelle hasta ver adónde llega sin relajarse, sin perder la aptitud para retraerse y volver a su punto de partida. La juventud española de aquel tiempo empezaba a ejercitarse con empeño en esta prueba.

¿Es posible hacer comprender a una juventud -con el poder cohesivo que hoy tiene esta palabra, poder que es su más alta cualidad, en la misma medida que su más temible fuerza- las vicisitudes que otra tan lejana padeció, produjo, rechazó, adoptó? Supongo que, si algún crítico reseña este libro, encontrará fácilmente los elementos que lo componen, pero aunque la crítica le asigne una filiación justa, no lograría con eso abrir la puerta a la comprensión cordial; podría inclusive cerrarla con cerrojo, ¡casos se han visto!... Lo único que puede acercar una generación a otra por encima de tanto tiempo -y recalquemos bien de qué tiempo se trata, tengamos bien en cuenta sobre qué tiempo pretendemos saltar-, lo único que puede acercarlas es -sería, si se lograse- una comprensión de sus vivencias, de sus elementos *intactos. A* esto llamo *inocencia,* a un tiempo anterior. Yo no sé si alguien puede concebir un *tiempo anterior* al suyo. Hay reconstrucciones históricas excelentes y hay también interpretaciones de personajes antiguos, que discursean cargados de modernísimas concomitancias. Es evidente que las categorías de amor, justicia, bien y mal tienen que haber existido en el hombre consciente de cualquier latitud geográfica o temporal. *A* tal suposición llegan los que se dedican a comparar culturas; en cambio, la sugerencia de *un tiempo anterior a otro tiempo, en su inocencia irresponsable* -irresponsabilidad que alude única y exclusivamente a la conciencia, hasta el punto de que dicha *inocencia* podría resultar, en última instancia, *culpable,* pero nunca *responsable-,* de esta *inocencia* no queda más testimonio sugerente que la huella poética, en verso o prosa.

Como tal es mi opinión, tiene poco sentido añadir diez páginas de reflexiones sobre el tema estando ahí el libro, que debe demostrarse por sí solo. Pero frecuentemente algunos jóvenes me han pedido noticias de aquel tiempo, de aquella *inocencia,* expresamente. No porque así lo expresasen, sino por tratarse de jóvenes cuyo «habitat» -esquivo con esto lo intelectual y acentúo lo vivencial- es el mundo poético, en verso o prosa, en vida, cine, calle..., y quiero corresponder a esa demanda, aunque es arduo rescatar lo positivo entre el piélago inaprehensible del «todavía no»... El que quiera seguir este relato -tan superfluo como los cuentos que empezaban «Era una vez...»-tiene que ejecutar el acto difícil y hasta doloroso de suspender su memoria, sin escándalo. Nada más contrario a lo que se predica: todos dicen -decimos- que hay que conservar la memoria de los hechos, y yo he afirmado que cada día está más viva en nosotros, que jamás se vio al hombre más obsesivamente empeñado en racionalizar la contrición. Suspenda, por tanto, el lector no sólo su memoria, sino su dolor de corazón, si quiere imaginar y comprender corazones que apenas barruntaban la deshumanización del arte -con minúscula: hablo del fenómeno histórico-, que al *demasiado humano* acervo de Europa trataban de incorporar una incipiente fauna ibérica. No es que hubiese -aunque también la había- afectación de primitivismo, sino que había en todo ello algo parvular: no tenía el arrojo o desprendimiento natural a la juventud, sino el egoísmo inocente, la confianza y la voracidad pueriles. Todos estos rasgos se encuentran en la literatura joven de aquel tiempo, pero su sentido escapa enteramente si no se recalca la

importancia -el peso y el precio- de la transformación que los originó: una nueva faz de la vida. Mi generación arrastraba una carga negativa: la aversión a nuestra literatura del siglo XIX. Los que estudiaban letras la juzgaban con conocimiento de causa y respetaban en ella ciertos valores, pero a la tónica del mundo que reflejaba nadie asentía. El rechazo, el divorcio que existía entre aquel mundo y el nuestro era un abismo de desprecio y burla.

Claro que el corte no era total, porque no hay cortes totales en nada vivo. Los cuatro escritores cuyas vidas cabalgaban en los dos siglos, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna, bastaban para constituir el puente -o más bien desfiladero- por la estrecha cañada.

El resultado de todo esto se puede encontrar exhaustivamente expuesto en los estudios de Guillermo de Torre: una exposición igualmente amplia de los cambios cotidianos -sociales, cordiales, morales- no cabe en estas páginas. Para aludir al libro que las sigue tengo que limitarme a lo personal, que, dentro de vicisitudes independientes, puede ser dado como botón de muestra.

En mis primeros años me relacioné poco con la renombrada generación de mis coetáneos, porque mi formación no era universitaria, sino de Bellas Artes. Sólo cuando empecé a frecuentar el Ateneo, en 1918, tuve contacto con las gentes de letras. Poco después salí de España por largo tiempo; así que no caminé sostenida o corroborada por la compañía del *grupo* -en contra de muchas opiniones, siempre propugné la conveniencia y la eficiencia de los *grupos-,* pero seguí fielmente la misma ruta. Ya antes de partir había publicado en la revista *Ultra* un breve relato, y anteriormente había escrito versos, claro está, pero mi lucidez era suficiente para comprender que la poesía no estaba para mí en el verso. En aquella época tenía sobre mi mesa el retrato de Dostoievsky; de Balzac no tenía retrato pero lo leía con pasión. *La piel de zapa,* que Unamuno leyó tan tarde, era una de mis metas a los dieciocho años. También leía con pasión filosofía. Platón ante todo, Nietzsche, después de todo, o por encima de todo. Aspiraba a una literatura que abarcase los más patéticos pensamientos, pero no lograba concebir climas humanos de dimensiones adecuadas. De los cuatro escritores salvados del naufragio, tres no inauguraban la nueva vida. Unamuno proyectaba la sombra de su persona, o más exactamente, empujaba hacia la propia sombra a toda persona. Valle-Inclán era un ejemplo de riqueza y complejidad verbal, de imaginación torrencial, siempre encauzada en normas de perfección, de superación, de decantación. Como ejemplo quedaba abisma-do en su forzosidad germinal, pero aproximar nuestro mundo al suyo no era posible sin caer en imitación. Baroja conquistaba con la simpatía de sus personajes antipáticos: a mí personalmente no me cuadraba su mundo. Ramón, en cambio, deslumbrante consecuencia de nuestro presente, también ocultaba el horizonte con su volumen; tampoco era posible seguir por su camino, pero a su paso quedaba el campo desbrozado de toda superflua pesadez, florecido de sus demostraciones poéticas. Tal era la duplicidad de su genio, que salpicaba por todas partes misterios intuidos que, en dos palabras, se desarrollaban como teoremas. Su influencia en el grupo «ultra« fue grande, decisiva.

Estas eran las anfractuosidades de la vertiente literaria: de los caminos llanos no hay por qué hablar.

Por la otra ladera, la del discurrir teórico, se abría una calzada de trazado y pavimentación limpísimos. Transitable -¡eso sobre todo!-, caminar por ella daba la seguridad de llegar a algún sitio, de llegar cada uno a donde sus fuerzas y sus ganas le llevasen. En 1914 aparecieron las *Meditaciones del Quijote, y* en 1916 el primer tomo de *El Espectador.* Ortega impuso su disciplina y todos -o casi todos- quedamos convencidos. Quedamos también sorprendidos, pero sin extrañeza. La legitimidad, la genuidad del pensamiento de Ortega producía un asombro reconfortante. Meditar en el Quijote era ir por nuestro propio camino, sin más innovación que la de ir con los ojos abiertos a todo lo que pasaba y a todo lo que quedaba.

Con este único ejercicio, las cosas podían ser «salvadas». Las cosas y, lo que ya es más que cosa, «la circunstancia«, mundo de cada cual.

Descubrir nuestra dependencia vital con ella no era una esclavitud ni un determinismo, sino un conocimiento de propiedad -propiedad no indica aquí posesión, sino adecuación o esencial pertinencia-, un conocimiento que suscitaba un *apego* racional. «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo.'

Con esto no intento resumir la filosofía de Ortega, sino sólo señalar los puntos que efectuaron la curación milagrosa de la ceguera padecida durante tantos años y la vivificación que había de dar a la literatura el reflejo de las cosas. Una vez adoptada la actitud meditativa y expectante se barruntaba que tenía que venir al mundo -al mundo de las letras- la criatura de *nuestro mundo,* la que trajese en su fórmula biológica la resultante de nuestro clima ético-estético. Necesitábamos *una segunda primera novela.* Necesitábamos un héroe cuya estampa se recortase concordando... ¡Máxima dificultad! Necesitábamos un héroe, por tanto, un *extravagante* que encarnase nuestro particularísimo anhelo de *extravagar.* Dice Ortega que «existen hombres decididos a no contentarse con la realidad. Aspiran los tales a que las cosas lleven un curso distinto: se niegan a repetir los gestos que la costumbre, la tradición y, en resumen, los instintos biológicos, les fuerzan a hacer. A estos hombres llamamos héroes». También dice, meditando en nuestro héroe máximo: «Podrán a este vecino nuestro quitarle la aventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible. Serán las aventuras vaho de un cerebro en fermentación, pero la voluntad de aventura es real y verdadera». Necesitábamos encontrar un héroe con los rasgos de familia que nuestra circunstancia temporal esbozaba: un héroe levemente *tocado* de un ingenuismo adámico.

EL Loco

«Vestido de luto, con mi barba nazarena y mi breve sombrero negro, debo cobrar un extraño aspecto cabalgando en la blandura gris de *Platero.*

»Cuando, yendo a las viñas, cruzo las últimas calles, blancas de cal con sol, los chiquillos gitanos, aceitosos y peludos, fuera de los harapos verdes, rojos y amarillos, las tensas barrigas tostadas, corren detrás de nosotros, chillando largamente:

-¡El loco! ¡El loco! ¡El loco!»

Muy difícil salvarle de la trivialización establecida, de mutuo acuerdo, por los deleitados lectores, los avisados editores, los conmovidos pedagogos y, ¡lo que es más triste!, por el autor mismo; pero pasémoslo por alto. La simbiosis de *Platero y Yo* tiene densidad suficientemente para dilatarnos en una meditación de *la hispanidad en la era democrática.* Es muy exacta la definición que da Ortega del héroe, pero hay también otro punto de vista desde donde se le mira como el máximo *donador.* Desde esa perspectiva, el héroe es el que brinda a los otros -humanos o ideales- la salvación mediante el propio sacrificio: una cosa no excluye a la otra, porque el héroe se afirma sucumbiendo. No hay por qué hablar aquí del escaso beneficio que las hazañas de don Quijote lograban para los otros, ni menos del ninguno que las andanzas de Yo produjesen a su paso, pero estos dos héroes están hermanados por una categoría o entidad de dimensiones imponderables. El vulgo -y no sólo el vulgo-ha mirado siempre a don Quijote desde el punto de vista de la donación heroica. Habría que meditar mucho en esto -nunca meditaremos bastante en el *Quijote-;* hoy vemos claro que, entre las diversas notas de su magnanimidad, la donación de sí mismo era grande, pero su soledad era mayor; era lo más grande, tan grande como todo él. Yo, es una soledad que hace su primera salida por campos de color muy distinto del de los de Montiel. Y esto del color es el entuerto que Yo endereza, con una eficiencia digna de su época. Yo -Juan Ramón, porque la hazaña que señalo sobrepasa el idilio de *Platero-,* Juan Ramón, con real, regio, imperioso, soberano decreto cambia la paleta en España. Desaparecen los negros del tremendismo, las estridencias de la «espagnolade», las cenizas de la penitencia. El azul de »el oeste andaluz» viene ascendiendo hasta Castilla y se une al azul de Guadarrama.

Tres artes de amar la Sierra se impusieron. Uno, el andarín, de alpargata, con o sin maestros institucionistas; simple emulación de los cabreros. Otro, el deportista a lo europeo: esquiar, exhibir facultades e indumentarias en el club confortable. Otro, pintar en El Paular. A éste contribuyó el mandato que vino de fuera, la admirable exposición de arte francés, en 1916, con los impresionistas en pleno, y también el Levante español, esplendoroso: Sorolla, sus sábanas blancas hinchadas por el viento; Mir y el delirante Anglada Camarasa. España, el gusto de España, el *tono* de España cambió de color. Juan Ramón pronunciando el «Abrete, sésamo». Un color, el nombre de un color como mandato, como flecha indicadora, conduce, por la visión, por la presentación esférica, al tono ético: intencional, en la más amplia acepción de la palabra. Juan Ramón impuso el amarillo. Antes -antes de Juan Ramón- el amarillo era color siniestro: el amarillo de la envidia, de la miseria, de los galones que ornaban los féretros pobres. Juan Ramón impuso los lirios amarillos, las rosas amarillas, los cielos amarillos veteados de malvas. El amarillo de Juan Ramón no fue el amarillo patético de Van Gogh -girasoles, caléndulas-; fue un amarillo liberador. Podría decir que, sin rechazar lo que en el alma del amarillo pertenece al oro, situándolo casi siempre en la luz, como su patrimonio excelso, elevó el elemental jaramago, apenas desprendido del verde, hasta la rosa o la mimosa que iluminan los comedores con platos de Talavera y sillas de pino. Desde esta Castilla azuleada se veía a lo lejos pasar a Juan Ramón, cabalgando en *Platero.*

¿Puede parecer arbitraria la quijotización que propongo? Parangónese el alborear de nuestro siglo XX con el siglo de Cervantes, y creo que quien entienda de proporciones la encontrará justa. Se puede todavía establecer un parangón que resulte aún más desmedido,

pero que, para mí, tuvo importancia decisiva. Así como para don Quijote el nombre de pila y el de familia quedan eclipsados por el nombre de caballero, para Juan Ramón, en *Platero,* queda impuesto el nombre más esencial que existe: ni honores del pasado ni glorias de hazañas futuras. Yo, solamente Yo... Yo, responsable del todo. Yo, dialogante sin respuesta. No se expone Yo a ser contrapunteado por la jovial marrullería, no necesita ser asistido por un servidor: se sirve de *Platero* como de una burra criatura que puede llevarle a lomos, pero a quien él mima y socorre cuando ve manar la sangre de su hocico. Y, como no espera respuesta, dirige a las «plateras orejas párrafos tan prístinos que no estremecen los pelillos que cierran el paso a las moscas. Esos párrafos, deslumbrantes para orejas humanas, son, por ejemplo: «¿No me has visto nunca, *Platero?,* echado en la colina, romántico y clásico a un tiempo». No está de más decir que estos párrafos son deslumbrantes para orejas adultas: el infantilismo que lo embadurnó al poco tiempo fue tal vez en realidad un castigo a sus desmedidas pretensiones, tal vez un resbalón en sus propias flaquezas. «Los niños»... Yo, hablaba continuamente de los niños; es decir, que Yo no se aventura en un mundo de arrieros ni de condes: elige un pequeño cortejo de niños, tan mudos para las respuestas como asnillos dóciles. Toda nota queda transportada a un tono menor de aventura; la personificación o apersonamiento de *Platero* delata un franciscanismo laico, que no se arriesga a andar con lobos, que fraterniza con la criatura rural, con cuyas orejas se puede verter el más quijotesco orgullo de alcurnia. «No olvidaré nunca el día en que, muy niño, supe este nombre: *Monsurium.* Se me ennobleció de pronto el Monturrio, y para siempre. Mi nostalgia de lo mejor, ¡tan triste en mi pobre pueblo!, halló un engaño deleitable. ¿A quién tenía yo que envidiar ya? ¿Qué antigüedad, qué ruina -catedral o castillo- podría ya retener mi largo pensamiento sobre los ocasos de la ilusión? Me encontré de pronto como sobre un tesoro inextinguible. Moguer, monte de escoria de oro. *Platero* puedes vivir *y* morir contento.» ¿Es concebible algo más quijotesco, más hondamente, solitariamente quijotesco que esa *nostalgia de lo mejor?* Sublime insania andariega en el paisaje democrático. Ya en otro lugar he hablado del milagro que los pintores impresionistas crearon, desentrañaron, sacaron de la tierra como una esmeralda: *lo plebeyo exquisito.*

En 1918 publica Juan Ramón su *Diario de un poeta recien casado.* ¿Puede darse mayor desafinación? Disonancias andaban por la música y palabras gruesas por la poesía; pero esta palabra, que no atentaba al buen gusto por obscena, sino por modosa, casera, moral... Esta palabra, en mi generación ansiosa de amor libre -y de amor «fuori legge», dicho sea de paso- encontró plena acogida. Nuestra rigidez cerril, nuestra elementalidad asnal, que no se había dejado jamás «épater» por flores del mal, asimiló un cierto puritanismo que daba novedad a las buenas costumbres empolvadas. Se trataba de hacer entrar en la escena de lo más elaborado personajes que, entre bastidores, eran empujados hasta incorporarlos al drama. Ya Rubén había dicho a su Francisca: «Pones amor donde no puede haber, y con esto la había llenado de amor, no sólo suyo, sino nuestro. Milagrosas disonancias preludiaban la nueva era.

Repito que esto no es un resumen: no es ni siquiera un esquema. Es un simple rendimiento de cuentas, una exposición de los valores que invertí, por mi libre elección, en un mínimo volumen pretencioso y obstruso, según dicen.

Puedo todavía señalar dos cosas culminantes que aparecieron poco después del 20: la traducción del primer tomo de Freud (encuentro tan sorprendente como el de un viejo amigo distante, porque el mundo de los sueños nunca, ni en mis primeros años, tuvo secretos para mí) y la traducción de *El retrato del artista adolescente.* El descubrimiento de Joyce me dio la seguridad de que, en novela, todo se puede hacer: poesía, belleza, pensamiento, horror, fealdad, blasfemia, pertinacia de la fe... Con ese equipaje me fui a Roma, *reciencasada,* en 1922.

En aquel tiempo todavía lo primero que se le ocurría a un novelista novel era urdir un conflicto en triángulo. Eso es lo que pensé, por supuesto, pero no quise seguir un relato de hechos, realista. Concebí el conflicto, con todos sus ángulos, dentro de la mente de un hombre, y lo primero que decidí para el ente pensante que quería crear era el nombre: no adopté la mayúscula, no abusé del *yo,* porque me esforcé en alcanzar la interioridad en que

nada se nombra. Esta es una pretensión imposible, pero aun sabiéndolo, traté de aproximarme a ello. Excluidos los nombres de las dos personas *unidas,* base del triángulo, denominadas únicamente como yo y ella, la interioridad, que quiere parecer informulada, no logra ser coherente más que mediante la exactitud rigurosa de las secuencias. El encadenamiento de las ideas, imágenes, sentimientos, queda eslabonado por sus enganches naturales, es decir, que el discurso de una idea -por ejemplo- llega en su desarrollo a suscitar una imagen; ésta, a su vez, se extiende, y su mostración hiriente provoca un sentimiento que, al invadir con su poder, al hacerse dueño de la situación, conduce a decisiones, aclara o agrava dudas, ahonda abismos, enreda o desenreda laberintos, etc. Todo esto pasa, repito, en la mente de un hombre que, fuera de esto, en el plano de los hechos se ha debatido con su circunstancia externa, en la que seres humanos, ciudades, obras, tienen sus nombres, y que, espectador de sí mismo, trata de salvarse salvando de ella -de su total, racional, homogénea esencia- lo que prevalece como verdad, lo que, sin ruptura, sin solución de continuidad, sin olvido ni negación de las falsas rutas de las enmiendas, de los traspiés peligrosos o ridículos, inmune al cansancio, afronta todo nuevo camino.

Este fue mi propósito. Si lo logré o no, podrá ser ahora nuevamente juzgado. Con este equipaje volví de Roma en el 27; se lo envié a Ortega -a quien no conocía-, que, por mi buena prosa, me incluyó en la *Revista de Occidente.* Pero dio la casualidad de que ya no se iba a continuar la colección «Nova Novorum», en la que yo tenía -por el género y por las dimensiones- puestas esperanzas, y permaneció el libro inédito tres años, hasta que encontró la acogida de Julio Gómez de la Serna en la Editorial Ulises.

Podría contar muchas cosas más de las que interesan a los jóvenes de ahora sobre aquel tiempo, pero en letras de molde no me gusta *contar cosas.* Las contaría incansablemente si, rodeada de ellos -en algún rincón de hogar, a la antigua, al amor de la lumbre, o a la moderna, en cualquier bar o terraza sobre los tejados, en cualquier playa o mesón de carretera- pudiéramos dilapidar el precioso ¡y tan parco! patrimonio que nos ha sido dado, el tiempo.

ROSA CHACEL, 1974.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN «ESQUEMA BIOGRÁFICO»

Nací en Valladolid el 3 de junio de 1898. Recuerdo los primeros nueve años de mi vida que pasé allí, día por día. Me es difícil, sin embargo, consignar un esquema que pueda dar idea de su tónica. Mi vida espiritual llegó a ser en aquella época tan intensa, que en años posteriores me ha sido difícil superarla. Por una condición paradójica de mi temperamento he merecido entre mis íntimos el título de «trabajador sin materias», porque siempre ha sido mi fuente de actividad lo falto, lo ausente, lo distante. En esa primera infancia, mi vida fue enteramente sedentaria y enteramente ocupada por una obsesión de heroísmo; mis juegos predilectos eran la guerra y la caza. Solitaria, sin un amigo de mi edad, recluida en el mundo más pequeño resto de mi porvenir, por mi parte, podía resolverse o quedarse sin resolver. Esto lo decidí a los once años, a los ocho ya había frecuentado una academia de dibujo, nada más llegar a Madrid, me informé de las que estaban a mi alcance, y al curso siguiente reanudé mi aprendizaje. A los diecisiete años ingresé en la Escuela de San Fernando. Frecuenté el Casón, el Museo y, por último, el Ateneo. Mi posición espiritual estaba sólidamente asegurada. Había conseguido amigos, maestros y, sobre todo, colaboración vitalicia para mis aventuras íntimas. No aludo, ni de pasada, a mi historia afectiva, porque no sabría hacerlo esquemáticamente; algún día constituirá un libro de ochocientas páginas. Dejé la escultura, que para mí no había sido más que un vehículo, aunque me aseguraban que haría algo en ella. Pero entonces empecé a escribir, y puede decirse que a leer. Hasta tanto, mi trabajo intelectual no había tenido verdadera orientación. A los veintitrés años salí de España y caí en la Academia de España en Roma, en calidad de pensionada consorte. En los cinco años siguientes, algunos viajes por Europa, una estancia larga en los Alpes de la frontera austriaca y otra en Venecia. Frecuentes vueltas a Roma. Allí logré otro gran periodo de cultivo espiritual, sin relación ninguna con la vida de Italia. Simplemente, por estar mi vida íntima en el mejor de los mundos, tener un gran estudio silencioso, un jardín de verde perenne y una urraca amaestrada, única amistad que dejé allí.

Este libro es el trabajo de mis dos últimos años de Roma y fue mi pasaporte de regreso al intentar recuperar aquí un puesto. Me valió, como casi todas mis cosas, más de lo que esperaba; seguramente más de lo que vale. Aunque no coincide con casi ningún hecho de mi vida, le considero autobiográfico, y aunque él empieza a vivir ahora, es el reflejo de una realidad mía ya lejana. Pero en mí la impaciencia y la paciencia viven haciéndose mutuas concesiones impuestas por la lentitud de mi acción, que no encuentro medio de vencer. Estos tres últimos años todavía están muy cerca y no me doy cuenta de lo que ha pasado en ellos. Ni de si ha pasado algo o no ha pasado nada.

ROSA CHACEL, 1930.

I

A estas horas estará ya medio patio en sombra. Pero aún quedará un poco de sol en el oasis.

Nuestro patio, tan desnudo y tan carcelario, lleno de los llantos de los chicos y de todas las voces del interior, ¿cómo iba a ser tan aprisionador del sol y tan risueño en ciertas horas si no fuera por el oasis? Esos pobres bambúes, plantados en su barril, con sus aspidistras abajo y su pelusilla verde alrededor del sumidero, hacen del patio periscopio de las primeras y últimas alegrías del día, le obligan a sorberlas por encima de la casa y de todo el barrio para guardarlas, presas entre sus paredes blancas. Cuando se va la luz, queda allí el espejismo de lo claro, y en las ventanas de arriba, el cartel estrepitoso, blanco, naranja y negro de «Poniente, el mejor brillo para cristales.

Hasta por la noche tiene una claridad maravillosa, que en el verano cae de las estrellas sobre las ventanas, dormidas con la boca abierta, y en el invierno escurre por las vidrieras y por las hojas del oasis: claridad polar que sólo afrontan los gatos, bien arropados en sus abrigos de pieles.

Nadie adivinaría esta claridad del patio viendo la casa metida en aquella calle sombría y estrecha. No puede nadie suponer que tenga tanto guardado una casa que parece pequeña; y es que su solar debió ser uno de esos que esperan largamente entre dos casas, y que en su fondo se ve siempre, al pasar, alguna escena que casi se comprende, pero que vagamente desazona o contrista. Porque no se explica cómo el habitante del solar se siente encubierto por su profundidad; cómo la costumbre ha ido poniendo entre él y la calle una fachada de distancia: no del todo irreal, porque no existe para él sólo. La calle y sus transeúntes habituales se dejan engañar por el disimulo del solar profundo y no miran nunca lo que pasa allá dentro. Sólo el transeúnte casual lo sorprende, por lo regular, a pesar suyo, y pasa deprisa para no ver; pero se lleva una impresión penosa, que le acompaña durante todo el día. Por esto, la casa, edificada en el solar largo y estrecho, con su buena fachada de piedra, tiene esta interioridad extraordinaria. Nuestros abuelos debieron instalarse para tres o cuatro generaciones, porque nosotros encontramos en ella un amurallamiento ancestral; nos guardamos su llave en el bolsillo como símbolo de propiedad invulnerable. Porque la casa nos ha hecho apasionadamente caseros. Nos tiene seducidos, como esas mujeres que, sin aparentar gran atractivo, al que se casa con ellas lo encasan llenándole la vida de pequeños encantos caseros.

Todos los vecinos sentimos esta influencia; sobre todo, al terminar la tarde, después del ruido de la ciudad, volvemos siempre ilusionados con encontrarla, con llegar a la calle estrecha y que se precipite sobre nosotros el crepúsculo; que tengamos que subir la escalera a ciegas, y en la antesala encontremos la luz encendida; pero dentro, en las habitaciones que dan al patio, que nos tenga reservado un poco de su luz, un crepúsculo lento; que nos cuente cómo ha sido el día sobre nuestra cama y sobre nuestra mesa. Porque hasta que se llega a su fondo no se encuentra el encanto de su intimidad. La escalera, hosca y fría, no acoge bien al visitante. Nada de chapas delatoras. El que vaya buscando a alguien, que pregunte y arrostre el <<No es aquí». ¡Cuántas veces habrá hecho huir a esos indecisos que pasean el descansillo de izquierda a derecha, tarjeta en mano!

Hasta los mismos vecinos, sabiendo que su mal gesto no va con nosotros, no podemos sustraernos a veces a la mala impresión de su penumbra, y la subimos corriendo de cuatro en cuatro escalones.

Nosotros fuimos víctimas de esta sensación como ninguno. Sobre todo, cuando veníamos de clase, charlando por la calle, y al llegar a la escalera se nos cortaba la conversacion y echábamos a correr cada uno a nuestro piso. En tanto tiempo no conseguimos nunca subirla despacio. Sentíamos que la escalera, si no tenía sombras, era digna de tenerlas. No las habíamos visto nunca; pero nos parecía que era un secreto que ella nos tenía guardado y que un día u otro había de revelarnos. El caso es que corríamos como si viniesen siguiéndonos, y al cerrar nuestras puertas con rápido portazo no conseguíamos la tranquilidad de estar ya

defendidos, sino más bien una pesadumbre como de haber dejado a alguien fuera, que sabíamos que había de esperarnos al otro día indefectiblemente.

Después, en cambio, venía la tranquilidad, la confianza del cuarto. Sentir su ventana bajo la mía, y saber que una misma aura casera había revoloteado sobre nuestros papeles, se había metido entre nuestras ropas y había revuelto nuestros bolsillos, cambiando los secretos del uno con los del otro. Entonces era el pensar: ¿por qué este miedo absurdo a la escalera; una escalera tan familiar, de tan suave pendiente; ancha como avenida propicia al paseo lento en compañía? ¿Por que este segundo descansillo donde nos separamos es plataforma aisladora de toda corriente cordial? Yo entonces achacaba a la escalera que nos pasase aquello. Me daba cuenta vagamente de que al llegar al portal sentíamos cómo la alegría, la confianza de estar ya en casa; porque en la calle, la gente estorbaba nuestro recogimiento. A veces algo que pasaba se llevaba la mirada de uno cuando el otro iba a buscarla. En cambio, al entrar en el portal, era una satisfacción, como si fuera eso lo que estábamos deseando, por lo que veníamos de prisa. Pero al subir la escalera todo se iba borrando. Entonces empezaba como el temor de lo pronto que tenía que terminar, y la esperanza de cualquier cosa que podía pasar, pero que no pasaba nunca. Ese rato de subir los dos pisos era tremendo. Porque en el descansillo estábamos bien; podíamos hablar apoyados en la barandilla; pero ya traíamos la mala impresión de haber subido juntos desacompasadamente, de haber tropezado o habernos empujado, sin haber podido decir una palabra, y nos encontrábamos en el último escalón viendo la inminencia de la despedida, sin saber cómo evitarla, y abandonándonos a la contrariedad, agriándosenos el humor por la mutua torpeza nos decíamos adiós. Y o no nos mirábamos o nos arrojábamos dos miradas incompatibles.

Nos pasó esto durante todo el invierno, porque aquellos meses de continuos chaparrones nos hacían venir en el tranvía, y el tranvía también es un sitio maléfico para los diálogos de dificultad íntima. El tranvía no adapta nunca la puntuación de su marcha a la de nuestra conversación. Acompasamos nuestro párrafo con el metrónomo de su ruido, de sus vaivenes, del balanceo de sus correas, y de repente, el timbrazo y el ¡crass!... de la manivela nos hacen callar intempestivamente. Es algo tan desesperante como dictar a un mecanógrafo inhábil que en medio de cada renglón vuelve hacia atrás el carro; que carraquea malhumorado, y tenemos que sufrir unos minutos de silencio mientras borra la errata. Y en el tranvía pesan y azoran esos minutos, porque son como vanos interruptores de la actividad en las horas en que más vigorosamente fluye. Son silencios sin ángel, no como esos de las horas de siesta, horas blancas que deslumbran y agobian con su claridad, porque es la suya la blancura ardiente del rojo blanco, y en que al pasar el tranvía cae a veces al pararrayos de su trole la exhalación de un ángel. Estos silencios del invierno, cuando se va en el tranvía con la ropa mojada y el paraguas como pez recién pescado, que suelta por la cola un chorrito de agua, son producidos por un espíritu burlón e intimidador como un cuco que se asoma para asustar metiendo su cabeza en lo más secreto de todos los diálogos.

Y después de momentos así bajábamos tan cerca de casa, que el pequeño trozo de calle no era bastante para añadir todo lo que se había fragmentado en el tranvía. Llegábamos llenos de sensaciones disgregadas que era preciso resumir, y no teníamos tiempo. No lo tuvimos hasta aquel día, para nosotros primero de año. En el 1 de enero el año nuevo puede pasar inadvertido, como la luna nueva en su primer día. Es preciso que se manifieste en uno, que sea como el comienzo de su cuarto creciente, un atisbo de su luz, de su futuro esplendor en el plenilunio. Como aquel en que llegamos a pie, callados, cargados con la hucha de nuestro silencio, tan llena que de un momento a otro tenía que romperse. La escalera aquel día intentó meternos miedo más que nunca. Pero la desafiamos. ¿Sabría que iba a ser vencida? El peligro era tan patente que no cabía pensar en huir. Era apremiante. Más que asustarnos nos impacientaba. Hubo un momento en que cada uno tuvo el deseo de reprochar al otro su cobardía. Al empezar a subirla nos pareció acometer una decisión ascendente; pero al llegar al descansillo desfallecíamos, se nos escapaba. Ella, sobre todo, desistía; estaba a punto de echar a correr. Al recordar ahora cómo la sujeté por los brazos, me parece recordar la más violenta discusión que he tenido en mi vida. Porque la retuve dispuesto a hacerme escuchar, creyendo

que iba a ser capaz de decir algo. La escalera me instaba con su semioscuridad, y el algo que yo quería decir me rondaba, me zumbaba alrededor, callándose también a veces -falsos silencios en que parecía que me había dejado; pero era que se había posado en mi nuca-ella mientras tanto... Yo la miraba sin verla. Toda mi atención era para perseguir aquello que revoloteaba fuera de mi foco visual, en esa zona de los fantasmas en que no podemos asegurar si vemos o no vemos, para atrapar aquella fórmula cuya contemplación había de corroborar mi sentimiento, y que, por fin, se posó delante de mí. En ella misma. Fue como si cada uno por nuestra parte hubiéramos corrido tras la decisión rebelde y a un tiempo hubiésemos caído sobre ella. Después de aquella larga persecución quedó presa entre nuestras dos miradas. Entonces nos besamos insistentemente, tenazmente, repitiendo cien veces la fórmula nueva, que nos llenaba de la más placentera convicción.

Desde aquel día la escalera tuvo sus sombras. Los vecinos, al llegar o al salir de sus puertas, notaban que algo huía, que la escalera se quedaba con el gesto falsamente tranquilo de «Aquí no ha pasado nada». Nosotros, en cambio, nos compenetramos con ella, dejamos de temerla y nos decidimos a habitar sus batientes de oscuridad. Su condición de sitio transitorio llegó a influirnos de tal modo, que nuestras efusiones, aunque durasen horas, tuvieron siempre el atropellamiento y la ansiedad de una continua llegada o despedida.

Los que están agobiados de trabajo se lamentan de no ver la primavera por no poder ir al campo. Algunos llegan al verano diciendo que no se han enterado de ella. Peroéstos son los que no la conocen sin sus atributos de estampa japonesa. Los observadores del año, sobre todo los enamorados del año madrileño, con su invierno moscovita y su verano tropical; los que viven pulsando los días con atención de labradores, porque saben la repercusión de las locuras del año en su cosecha, la sienten venir estén donde estén. Para ésos hay una primavera de interior, de dentro afuera. No necesitan esas irrupciones en que la primavera abre ventanas con el aire tibio de su abanico. Cosa que no sucede hasta que ha llegado a la pubertad. Podría decirse que la ven nacer. Al lado de cada solitario, en el rincón más oscuro y cerrado, en cualquier cosa, en un objeto duro y sin apariencia de capacidad para las repercusiones vitales, el que está a la expectativa de la primavera la ve nacer en su momento.

Este año llegó a la casa en algo imperceptible de puro corriente. La mañana que notamos en la escalera, a la hora que barren el portal, que el olor del serrín mojado era como el de la lluvia cuando hay cerca pinares. Bastándonos esto para que se declarase en nosotros el estado primaveral, para que volviésemos a sentirlo, a encontrarla en mil cosas; para que fuera invadiéndonos la vida y obligándonos a modificarla. Comprendimos que había llegado el tiempo de faltar a clase. ¡Cómo nos gustaba imaginar la clase en esos días en que el profesor se encuentra sólo con un alumno! El viejo alumno y alumno viejo que no falta en ninguna, como si todas las aulas tuviesen una plaza de alumno profesional para que los días de desbandada puedan ejercer el rito, el profesor en su tribuna y el alumno en el primer banco, hablando mano a mano de cosas fuera de programa. Por las mañanas se salvaban las clases pensando en preparar la escapada de la tarde. El fresquito de las ocho, al salir en nuestra calle sin sol, nos hacía olvidar la primavera; nos resultaba siempre sorprendente ver pasar a las cocineras con su ramo de rosas asomando en la cesta. Y esta impresión estimulante y optimista de nuestras mañanas llenarían mi recuerdo si no me hubiese encontrado también en el portal, al volver solo un día de fiesta, con la chica del velito, que bajaba. Y si la observé fue porque llevaba una tristeza... Porque llevaba su velito prendido con una tristeza especial. Una muchacha que seguramente no era triste; parecía como si aquel día estrenase su tristeza: la ostentaba como una indumentaria más refinada que la de costumbre. Como esas chicas que han estado ahorrando todo el año para estrenar un día vestido, medias y zapatos del mismo color; que para ellas es el colmo de la elegancia.

Aquella chica parecía vestida por primera vez del color de su tristeza, y cuando me dio los buenos días, de su voz también se desprendió el mismo tono. Como la que va vestida de heliotropo y el perfume también es de heliotropo, que es ya la perfección.

No sé por qué presentí que tenía relación con nosotros, y subí corriendo, porque sabía que se me esperaba en el descansillo. En el modo con que ella me alargó una mano, sin

despegarse de la barandilla, comprendí que había interrumpido una despedida, que había cogido la mano que se quedó colgando del apretón de la del velito lánguido.

Yo quería saber si bajaba de allí aquella chica y si era amiga suya; pero a todas mis

preguntas contestó en síntesis diciéndome que era una chica que había nacido el mismo día que ella, realzando inconscientemente este detalle al hablarme de la chica, influida por ese parentesco que establecen las madres entre sus hijos y los de otra cuando nacen el mismo día. Así como a los que se crían de la misma mujer se les llama hermanos de leche, a éstos debía llamárseles hermanos de día. Yo estuve por preguntarle por qué llevaba así el velito su hermana de día; pero no se lo pregunté porque era otra cosa la que más necesidad sentía de preguntar. No podía olvidar el buenos días confidencial de la muchacha, que seguramente me conocía, y que había sido como decirme: «Ya te contarán, ya te contarán». En el primer momento de sentirme interesado por ella tuve curiosidad por saber su secreto; esperaba encontrar cierta gracia en su tristeza novelera. Pero es que al verla no pensé que estaría ligada a nosotros por el punto de su nacimiento; que habría entre ella y lo más mío aquella consanguinidad de tiempo. Mirando la cabeza de mi novia en su impecable desenvoltura me resistía a comprender que hubiese sido concebida en el mismo seno temporal que la de aquella chica de velito. Y, sin embargo, tenía que avenirme a reconocer que le había bastado pasar por la escalera para difundir su tónica en nosotros: nuestro descansillo estaba lleno de su tristeza; la luz y el silencio tenían una huella misteriosa, arropadamente erótica, como un rincón de iglesia; y mi novia me parecía que acababa de sacar su frente del confesonario de aquel velito, de haber recibido debajo de él encapuchadas confidencias. El recuerdo de la muchacha se me hacía por momentos insufrible; falsa virgen que había venido a hablar a mi novia de su velito, de todos los trapicheos pueriles que arman las mujeres de esa clase alrededor de tal tema. Luchaba por convencerme a mí mismo de que no seguía aún velada por aquel préstamo de tristeza; pero me rendía a la evidencia de una sombra que había en sus párpados, como si se hubiese impreso sobre ellos una negra y enredada trama; y le caía tan postiza, que parecía disfrazada con trapos de otra mujer. Yo sentía la urgencia de que se los quitara; pero no antes de buscar su sabor entre aquel nuevo adobo, y mientras me contaba, yo iba desechando la historia, pero no perdía los rictus insospechados que alteraban su boca, recogiendo en apretada impronta sus pequeños gestos amargos.

A fuerza de decirlo: «La vida no es eso, la vida -la nuestra- no tenemos que aprenderla de nadie; nos la inventaremos nosotros», conseguí borrar su mala impresión, y el momento me ayudó prodigiosamente. Ese dios del momento es uno de los espíritus más poderosos, lo mismo cuando es propicio que cuando es hostil. Pero hay que tener una gracia especial para contentarle, porque no se da a razones. A veces estamos poniéndolo todo en nuestras palabras, porque lo que esperamos lograr con ellas nos es esencial, y si no conseguimos interesar al espíritu del momento, la luz entorna los ojos y oímos el bostezo de una puerta. En cambio, otras veces, como aquélla, el momento se mete de lleno en nuestra conversación y la súbita animación de su fisonomía hace que no sea un frío acceder lo que consigamos, sino una espontánea convicción y un sentimiento.

La puerta del piso, que se abrió en aquel momento, tardo en cerrarse; porque se había abierto para que nosotros mirásemos. La casa nos sonrió con la perspectiva de todas sus puertas abiertas. En la habitación del fondo, las rayas de sol de la persiana teclearon en el juego de damas de los baldosines y por el tubo acústico del pasillo nos llegó todo el concierto de sus sonidos; porque estábamos ya en junio y junio es el mes musical. Es el mes en que los pianos, después de habernos atolondrado durante la primavera con el arrullo de sus ejercicios, nos sorprenden a veces con ráfagas estupendas que entran por los balcones entornados idealizando el olor del momento, haciendo de cualquier olor casero un aroma limpísimo, lleno de la pureza de Bach, y se siente y en él tanto la plenitud estival que resulta profanación cualquier género de temor ante la vida. Yo le ofrecía para contentarla aquel día de sol que brillaba en el fondo del pasillo, y nos fuimos buscándole a la calle, siguiéndole hasta su declinar en una noche profundamente oscura, como digno reverso.

Las noches de junio rebosan optimismo, como su hora más clara de día; eran tan limpias, que no notábamos un velo de distancia cuando hablábamos de balcón a balcón, y entre nuestras voces, sólo el silencio rizado por la simple nota de los grillos.

Después, en las de mediados de julio, empezó a sorprendernos como una luz de luna que viniese de abajo la luz de carburo del puesto de sandías. Y el día que llegó a nuestra esquina el sandiero, que era novio de Anita, la casa se llenó de su nombre. Por el patio no se oía una cosa sin un Anita en medio. Es que era toda ella su nombre, y aquellas blusas que llevaba, que la dejaban transparentar las puntillas de la camisa y los pechos, mal sujetos. Todas las noches veíamos poner en el vértice de la pirámide, bajo la tienda de lona con su lucecita vacilante, la sandía que tenía el corazón fuera, dejándosele ver a todos para que nadie dudase de sus óptimas entrañas. ¡Aquel sandiero era tan gitano! Tenía como pocos el arte de la puñalada; y cuando llegaban los melones yo creo que no los calaba porque es de matarife la actitud de echar las tripas a un rincón. En cambio, en la sandía se hunde limpiamente la hoja de la faca, y el sandiero la aprieta entre sus manos, antes de ponerla en las del comprador, mirando su fondo rojo, que contrasta tan bien con las pepitas negras, como si en la lucha con su asesino se les desgranase dentro de la herida el collar de azabache.

Pero no pudimos conservar todo el verano el tono de aquellas noches límpidas. Una se nos manchó de negro denso, perdió toda su transparencia en la tinta de imprenta. Aquella en que el periódico nos trajo el retrato de la chica del velito, bajo el epígrafe de «Joven intoxicada». Entonces nos pareció que nos enterábamos de *su debut.* Que había venido a invitarnos a él y que no habíamos querido asistir. Pero que contra nuestra voluntad acabábamos de ser informados. Aquel retrato, sin su nombre nunca lo hubiéramos identificado. Pero una vez sabiendo que era suyo era su más perfecta explicación. Retrato hecho pensando en la posteridad, apoyando el codo en el macetero, con la desfachatez de afirmar su gesto más genuino. Con la sinceridad ultraconsciente que anima las *poses* de los «tristemente célebres». Retratos de esos que tanto se encuentran rotos debajo de los bancos porque muchos, al recibirlos, sintieron su advertencia y se echaron atrás.

Desde entonces nos fue ya imposible evitar el recuerdo de la chica. En la escalera, sobre todo, la recordábamos continuamente. Yo sabía que ella no dejaba de pensar. La veía obsesionada por la necesidad de arreglarlo, de darle cincuenta soluciones, aun sabiendo lo totalmente inútil que era su empeño. Pero hasta olvidándolo, y hasta sintiendo un inhumano bienestar por su desaparición, no podía menos de querer resolver el problema, por el problema mismo. Estaba impresionada. Y yo, aunque no hacía más que razonarle que era una de esas cosas del que asó la manteca en el dedo, estaba también impresionado de la impresión de ella. Sobre todo, cuando la veía pensando, la miraba con terror, como los padres cuando saben que su hijo ha estado jugando con un chico que tenía tos ferina. Por esto abandonamos la escalera y llegamos a hablar por el balcón hasta las doce.

Pero no duró mucho aquella paz nocturna: una noche hubo un grito abajo. No vimos nada: cerramos los ojos porque habría sidodemasiado ver algo tan horroroso como aquel grito, pero vimos la gente que acudía y la luz que se tambaleaba. A la noche siguiente no volvió a encenderse y no se volvió a oír por el patio el nombre de Anita.

Al huir también del balcón, nos quedamos sin refugio en la casa, hasta que dimos con la azotea, adonde no subía nadie más que a tender la ropa. Pero no logramos en ella más que empeorar nuestra tensión de ánimo.

El clima del tejado es clima de altura; produce la reacción y la excitación de los dos mil metros, hay que ser fuerte para resistirlo. En el siglo pasado se padeció un poco la manía de la buhardilla, y así sufrieron tantas repentinas hemoptisis, que les rompieron los vasos del suicidio. El espíritu del que deja vagar su mirada por el paisaje de tejados termina como gato extenuado y lunático, que no necesita más que ir a parar al río con una piedra al cuello. Por eso resistimos poco tiempo en la azotea. No porque no sintiésemos su encanto. Probamos su silencio y su éxtasis, y sus horas de *Angelus,* en que las monjas de enfrente subían a la suya y se acodaban en el barandal, apoyando las blancas pechugas en los brazos para ver pasar a las

golondrinas, sus parejas, sino porque no nos era saludable, y yo tenía entonces la preocupación de la salud. Teniendo una salud magnífica. Pero la saboreaba, la cuidaba más que una enfermedad. Y es que eso de la salud en mí había llegado a ser una cosa enfermiza.

Adolescencia y convalecencia pueden confundirse, como magnesia y gimnasia, pero no es sólo la similicadencia -¡qué bonita palabra! Además de similitud, lo que sugiere es multitud, armonía de mil cadencias- lo que las une, es una convergencia de su condición de estados de los cuerpos hacia un resultado común. Al final de las dos se padece infaliblemente un más o menos vasto egoísmo. Cuando es ocasionado por la convalecencia no se manifiesta más que en ciertos hábitos de comodonería y hasta de gastronomía. Pero cuando se llega a él por la adolescencia, las manifestaciones son de egoísmo, ni más ni menos, las más múltiples y genuinas. En un deseo bárbaro de salud el que se saca de las dos, siendo como son hiperestésicamente generosas, siendo los dosmomentos en que nos dejamos matar por una mirada o por una corriente de aire. Pero cuando terminan se posesiona de nosotros la salud más embrutecedora.

Cuando salí de mi adolescencia -me doy cuenta, aunque es reciente- me pareció haber inventado el egoísmo y lo viví, lo teoricé, lo divulgué, caí de lleno en esa primera juventud, en la que tantos hombres se estancan, siendo por lo regular los que nunca envejecen; pero tienen siempre la frescura aparente de las cosas en conserva, cortadas verdes, que no tuvieron nunca su dorada juventud. Dorada en el sentido de estar en su punto. Empecé a sentir repugnancia por todo lo que pudiera conmovernos. Consideré inminente la necesidad de salir de la casa. Sobre todo, de aquel barrio populachero, donde se habían dado los sucesos trágicos con regularidad de fruta del tiempo. Claro que irnos de la casa no podíamos, ni verdaderamente queríamos. ¿Dónde íbamos a estar como allí? Pero, por lo menos, cambiar de ambiente.

El verano estaba ya terminando. Esperábamos los crepúsculos largos del otoño con la misma impaciencia que en febrero el ver crecer los días.

Esa hora del oscurecer, en septiembre, es una hora de noche que el año regala a los que tienen que estar en casa antes de las nueve. Una hora profundamente nocturna y sabiendo vivirla, larguísima. Cuando se ve uno sorprendido por el rápido crepúsculo se desconfía del reloj, se está a punto de volver a casa aunque sea temprano. Pero siempre se toma la resolución de aprovechar la hora nueva que el tiempo regala.

El silencio de esa zona que rodea a Madrid a poca distancia no es el silencio del campo, que está más lejos: es un silencio que, si no se le presta atención, parece completo; pero disponiéndose a escucharle se encuentra en él la esencia de todos los sonidos. A esa zona podría llamársele zona de la distancia ideal, porque, cuando estamos en ella, lo que gozamos como algo único es su distancia especialísima. Podemos profundizar en ella y llegar al más completo distanciamiento, sin perder el hilo de la voz de Madrid. Se oye desde allí la pianola del bar, el tiro al blanco, se ve el sistema planetario de las luces de la barriada, con las constelaciones del cine y el garaje; se sabe los pasos que hay hasta la parada del tranvía. Y al mismo tiempo se está tan lejos, tan olvidado... Nadie piensa que podemos estar allí. El que no está en la zona de la distancia no se acuerda de que existe. Aunque también se puede sentir su influencia desde lejos, como esas veces que se nota un olor intensísimo y no se da uno cuenta de que acaba de pasar por una frutería. Al cruzar ciertas calles, de noche sobre todo, se siente como un aliento, como una suave fuerza aspirante. Son las que conducen a la zona de la distancia. Y también puede conocerse fuera de ella a los que la frecuentan, en un guiñamiento, como el de los gatos al sol, porque sus ojos se hacen muy sensibles de desorbitarse en las miradas, que aunque no se ven, se sienten en la oscuridad. Los asiduos se despiden de ella todas las noches, y se despiden en ellos, aunque siguen juntos. Después es el asaltar los tranvías.

Tanto nos desprendimos de la casa, que acabamos por estar violentos en ella. No podíamos resistir el grado de intimidad que nos era preciso aparentar. Necesitábamos nuestra ida aparte, nuestra independencia. Con la familia llegamos a ponernos en esa actitud que impide toda explicación. Nos portábamos como si estuviéramos ofendidísimos. Yo creo que les sugestionamos de que el caso era ése, hasta el punto de que, más que reconvenirnos, deseaban excusarse con nosotros.

Hasta los ratos que hablábamos en casa era de nuestra vida. Madrid nos parecía hecho para nosotros. Pero ella sí que se iba haciendo para mí. Se iba haciendo cada vez más como yo la quería. Estaba alegre, gordita. Las malas impresiones no habían hecho gran mella en su salud. Yo la cuidaba, la hacía merendar todas las tardes. Mi manía de la merienda llegó a tener carácter de porfía. A aquella hora precisamente era cuando le daba a ella por ponerse trascendental. Claro que desde *entonces* no podía prescindir de las cosas trascendentales. Pero a mí me indignaba, porque me parecía que contrarrestaba el efecto benéfico de la merienda. Aquellos días que tan impresionada estuvo, yo no quise darle importancia. Pero después tuve que comprender que era un error. Con trivialidad no podía combatir aquel poso de seriedad que le había quedado. Además, me era doloroso burlarme de sus cosas, porque no era miedo de nada concreto lo que padecía, sino una especie de miedo infantil, que sentía por primera vez al estar sola, y, sobre todo, que más que de estar sola, el miedo era de haberlo estado siempre. Le daba por acordarse de todo. Hasta de las veces que había abierto la puerta sin mirar por el ventanillo y se había encontrado con caras desconocidas. Y hasta estando en casa su padre y la criada le acometía el miedo de su pasada soledad; la entraba el enternecimiento retrospectivo por su infancia. Yo sólo era capaz de suponer que estaba en un momento de cambio y que aquello había que arreglarlo a fuerza de sobrealimentación. Cuando la hacía merendar y la atiborraba de conceptos, me parecía que nuestra tranquilidad descansaba en buena base.

Y fue tan perfecta mi influencia, que mis cosas maduraron en ella como si fuesen suyas. Hasta tal punto, que cuando las repetía me sorprendía su originalidad, que en el momento de ocurrírseme no había notado. Todo era sorprendente en aquella fase suya. Cada día la encontraba más transformada. Por primera vez al ir con ella, como siempre, me daba cuenta de que iba con una mujer. Y no se me ocurría más que decirme: ¡Qué partido saca de las cosas! ¡Estaba tan rica con su alegría trascendental! Durante unos días lo olvidamos todo.

Hasta que en las últimas meriendas de septiembre a ella le dio por recordar, y a cada paso sacaba viejos temas, subrayando sus puntos esenciales con escrupulosidad de buen estudiante, sometiéndolos siempre a un plan cuestionable, como contrastando con él mi conformidad, y entonces, sin saber por qué, al verlas así, me horrorizaba el desnudo de mis ocurrencias. Me resultaban cínicas, me avergonzaban como si me las estuviese echando en cara cuando, por el contrario, yo veía la sinceridad de su adhesión, y acaso era esto lo que más me molestaba. Pero lo peor que me pasaba era que no tenía valor para reírme de ellas. Con la misma seriedad que había creado mí ingenua y desvergonzada estética del peligro, me parecía necesario destruirla, y callaba esperando que terminase, repitiéndome por dentro: a contrapelo; todo esto es a contrapelo de su estado de ánimo en este momento. Y tanto lo era, que enseguida le dio otro giro y terminó con el tono interrogante. Dejó de sondearme, y casi a pesar suyo habló de algo que sabía mejor que yo. Su divagación seria y cerebral siguió en otro tono íntimo y triste, bajo el que yo no adivinaba más que una obsesión de peligro. Al aludir ella al que se tira por el Viaducto, y en la mitad del camino le da miedo y quiere volverse atrás, yo creía entender que aludía a su consabido temor del pasado, inevitable, y desistí de sermonearla. Claro que ella puntuaba, concretaba. Llegó a sugerirme, maravillosamente, cómo en todo momento de vértigo se experimenta la sensación de desprenderse de arriba y estrellarse abajo, y cómo la sensibilidad del que atraviesa el peligro, mientras dura, se le cae y vuelve a subir y vuelve a caérsele cien veces. Y cómo todo esto puede dejar un recuerdo incurable. Pero esto del recuerdo era lo que me despistaba. Ella me enfocaba con su intuición, y yo me empeñaba en ver detrás de ella lo inevitable. Es decir, yo me desentendía de su temor, obsesionado con el mío: la enfermedad. Al ir hacia casa no dejó de hablarme en todo el camino. Pero yo pasaba revista a todos los específicos del sistema nervioso, y aunque protestó, me negué a salir de casa al día siguiente.

Aquella noche no pude establecer el diálogo interior hasta muy altas horas, cuando, después de analizar mi falta, no podía comprobar lo que había ocasionado; porque hay algo en mi modo de ser que me obstaculiza el arribo al ensimismamiento con impensables frivolidades hasta en la más completa soledad, y algo, además, que anula mi percepción,

distanciándome de las cosas próximas sensibles. Una especie de sordera psíquica. No hay el menor egoísmo en este hacer sufrir a las palabras antesalas larguísimas en mi oído. Es que no siempre estoy capacitado para percibirlas como ideas, y haciendo como que no las oigo guardo sólo su impresión acústica, que toma vida después en ocasión propicia. Pero así se compone la cinta de mis impresiones: el susto cien metros más allá de la explosión.

Aquella noche, cuando tuve ante mí la significación de lo que se me había preguntado, sin poder echar a correr con la respuesta, empezaron a latir los segundos en mi cabeza, como para que me diese cuenta de su magnitud, de lo que se podía haber hecho en los de aquel intervalo. Llegué a ese estado en que las codornices se rompen los sesos contra el techo de la jaula. Además, cuando las preguntas no han tenido respuesta, es casi imposible saber su verdadero valor y significado. Porque cuando se nos pregunta y respondemos, en la pregunta siguiente ya hemos colaborado, mientras que si callamos, las preguntas se suceden, cohibidas por nuestro silencio. Las últimas son siempre agriadas, envenenadas por el fracaso de las primeras. Y yo, en aquel momento, estaba dominado por una impaciencia loca, que me impedía ver claro hasta qué punto había quedado ella contrariada por mi incomprensión. Pero me esforzaba en contenerla, sin atreverme a llamarla a una hora desusada porque, en el fondo, dudaba también de mis temores. Me veía apagando ese fuego imaginario que nos sugiere el olor de un hilo que se quema en las últimas chispas del brasero y en el que pasamos horribles horas salvando a una persona o casa querida. Embebidos en nuestro tormento, incapaces de acción, avergonzados de dar la voz de alarma por algo incomprobable y temiendo al mismo tiempo que cada minuto de nuestra indecisión esté agravando el peligro. A ratos, por cualquier sensación física, por encontrar una postura cómoda en la cama, me parecía que no podía pasar nada, y que al día siguiente me levantaría y sería un día como los otros. Pero otras veces, al recordar cualquier cosa, me sentía retroceder en la noche, alejarme de la claridad, hundirme en todo aquello, que era como una consecuencia de mi cuarto, de estar allí metido, y no veía la posibilidad de salir.

Lo que más me apesadumbró fue recordar con qué desacostumbrada resignación había accedido ella a quedarse en casa. Había protestado, pero se había dejado convencer enseguida. Y aquella falta de voluntad me dolía entonces, como si hubiera descubierto bajo ella otra voluntad secreta, o más bien un falso acuerdo de nuestras voluntades, un equívoco que la hiciese creer comprender para qué la dejaba sola todo un día.

Ahora me parece absurda una cosa así entre nosotros. No comprendo cómo hemos podido tener ese momento de distancia. Sólo por una causa ajena, por la intrusión de algo que no dominábamos.

Ya en aquellos días de los miedos, cuando lloraba por su infancia, a mí me parecía que lloraba por su hermana pequeña. Pero el hecho era que, en su desdoblamiento, la pequeña lloraba por la mayor, y viceversa. La que empezó a manifestarse en ella entonces era como una mayor que acabase de llegar y se enterase de todo y se conmoviese por todo al hacerse cargo de la pequeña. Y como yo me apoderé de ella, ilusionado con la novedad, la pequeña, que era con la que teníamos confianza, no sabía tratar los asuntos de la nueva. La nueva era aún misteriosa para nosotros, y, por haber aparecido en los días de los acontecimientos trágicos, intentábamos coaccionarla. Ninguno de los dos sabíamos bien de lo que era capaz. Cuando vino a casa la chica del velito hacía mucho tiempo que no se veían. Vino como a notificarla que se había puesto de largo, como a avisarla de que ya era hora de dejar de ser pequeñas. A mí lo que me volvía loco aquella noche era pensar que la nueva, la que había nacido aquel día que la escalera se tiñó de tragedia, fuese capaz de tomar resoluciones.

Aunque hacía tiempo que entraba luz por las rendijas, seguí en la cama, temiendo que aún fuese temprano y que tuviese que esperar, hasta que los ruidos de la cama me convencieron de que había esperado en exceso. Entonces abrí la ventana con impaciencia, como si esperase que mi tranquilidad hubiese brotado en el patio. Y había brotado. Más que tranquilidad, lo que encontré fue como un olvido, como una imposibilidad de seguir sintiendo lo que había sentido. Era otro día. Cuando ella se asomó a la suya, hablamos dos palabras,

trazamos el plan del día y, al meterme, me dije: «No la he preguntado nada». Pero no era necesario, porque la había visto.

Las primeras horas de aquella mañana que pasé esperando a estar con ella fueron como mis primeras horas de lucidez. No era lo que sentía esa fría tranquilidad de cuando se ha temido que pase algo y se ve que no ha pasado, sino una satisfacción, casi malsana, de que hubiese pasado aquello. Porque al pasar lo que se había provocado, naturalmente, eso mismo que pasaba, contra mi voluntad, no significaba para mí la imposibilidad de imponerme a ello. No fue esto lo que me hizo sufrir aquella mala noche. Una vez dueño de mí mismo, y poniendo las cosas en claro, vi que me contrariaba mucho menos de lo que era de esperar. Y sobre todo, por encima de lo que pudiera llamarse el contratiempo sentía una alegría tan llena de nuevas convicciones y nuevas decisiones... El verdadero peligro, el de ella, no existía. La había visto. Aquel momento de la ventana me bastó para verla, porque hasta entonces no la había visto nunca, y desechar todo temor respecto a su desdoblamiento. Comprendí que su dualidad, su multiplicidad, si la hubiese, era algo tan simple como esas cajas japonesas que se cierran unas en otras, sin diferenciarse en más que la mayor contiene las pequeñas. Y todas son iguales, la misma forma, la misma laca, la misma ornamentación, sólo van ganando, con el tamaño, en capacidad. Al verla aquella vez vi a la mayor llena de la pequeña; más bien llena de pequeñas. De otras pequeñas que yo había olvidado, que ni conocía siquiera. Su cara de aquel día era de una profundidad interminable, se encontraba en ella todo lo que se buscase. Y yo me hundía en mi recuerdo, incansable de encontrarla siempre a ella ¡tan ella!

La contemplación de esta repetición suya me llevó al entusiasmo, al delirio admirativo. Pero es que esto era también una repetición mía. Databa este sentimiento de mis primeras percepciones estéticas. La repetición de una forma era lo que más me convenía, lo que me ayudaba mejor a contrastar su pureza.

En el papel de mi cuarto había una hoja que yo, de pequeño, adoraba. Me miraba quinientas o seiscientas veces, desde las cuatro paredes, con dos pares de ojitos que tenía, que eran esos agujerillos de las hojas de parra. Ojitos oblicuos, de expresión sagaz y risueña. Y en la curva de su vena yo encontraba, más que complaciencia sensual, consonancia sentimental. Yo hubiera enroscado mis brazos a la cintura de aquella hoja. Pero seguramente, si hubiera visto la hoja aquella una vez sola, no me hubiese llenado así de su forma. Fue preciso que mandase a mi cama todos sus escorzos, que yo pudiese perseguirla, sin mover la cabeza de la almohada, hasta perderla casi, en una línea, al final de las paredes laterales y verla doblar el ángulo, repitiéndose en la de enfrente, de un lado y de otro, formando con su compañera huecos ovales donde se desenvolvía lo demás del ramo. Sí, al profundizar aquel día en la expresión que acababa de comprender, su repetición interminable fue corroborando mi entusiasmo. A fuerza de parangonarla con ella misma comprendí que lo que más tiene de cosa perfecta es que sus contradicciones mismas se completan, se redondean, como media vuelta a la derecha y media vuelta a la izquierda.

Hay fisonomías imposibles de enfocar, de las que nuestra retina no consigue nunca más que una prueba movida, y son esas que cuando se cruzan con nosotros no sabemos si saludar o no. Porque lo que sucede no es que no recordemos su nombre, sino que no podemos adjudicarle uno.

Son personalidades borrosas, que parece imposible que tengan algo tan concreto como un nombre. Siempre que leo una esquela de defunción donde dice, poco más o menos: «Don José Antonio María de Carlos y San Juan», entierro en mi recuerdo a uno de esos a quienes nunca pude ver la cara.

Pero mi tardanza en ver la de ella no obedecía a esto, sino a todo lo contrario. Es una cara la suya que peca por exceso de quietud, hasta parecer imposible que llegue a animarse con una expresión. En cambio, cuando habla, cuando mira, sobre todo, su expresión oculta su cara. Su animación acapara al que la mira. Si hablando con ella me entretuviese en observar su frente o su barbilla, sus ojos arrancarían de allí mi atención, y, si no lo conseguían, al sentirse observada callaría y perdería todo movimiento. Y menos posible aún es observar sus ojos. Sus ojos desaparecen en sus miradas, porque son dos cosas completamente distintas. Sus

ojos no tienen una mirada habitual, no son ojos alegres, ni ojos tristes, ni ojos dulces. Son ojos. Si a descuido de su mirada se miran sus ojos, no se encuentra en ellos sitio para un adjetivo. Elúnico poema que podría escribirse a sus ojos es ese que se encuentra al pie de los grabados de las fisiologías. Junto a un ojo rodeado de flechas ordenadas por el alfabeto, una columna de nombres que rima en las letras de que están separadas por puntos:

Párpado .....a
Pupila .....b
Lagrimal c
Pestañas .....d

Si cuando estoy observando sus ojos me mira, la bandada de sus miradas me oculta el sitio por donde salió. Pero luego vuelve a recogerse en sus ojos, y queda en ellos el hueco oscuro de las ventanas abiertas.

Este encontrar en sus ojos la simplicidad de las muestras escolares me hace recordar ahora que ya otras veces había visto su cabeza como esas láminas de dibujo en las que se estudian las fisonomías más sin malicia que se pueden concebir. En su perfil hay un clasicismo elemental que hace que su cara, en reposo, sea como una forma donde se puede inscribir lo que se quiera sin que cambie su canon.

Hoy no sé si es que aquel día hubo una aptitud especial en mí para comprenderla o si es que ella se manifestó como nunca lo había hecho. Hasta después, cuando hablamos, seguí encontrándola de una claridad excepcional. No había comprendido mi actitud arbitraria; pero, dudando y temiendo, había esperado, y, por fin, había percibido mi conformidad final aquella noche telepática; porque hay noches traspasadas de comunicaciones certeras, en las que las estrellas corren sabiendo muy bien adónde tienen que ir. Y a éstas suceden siempre días tranquilos, en los que parece que todo se dijo ya. En cambio hay otras, hiperestáticas, que embrollan los asuntos, y al día siguiente se vive obcecado por haber recibido falsas informaciones. Al asomarse al patio, por la mañana, sintió, como yo, que todo había pasado. Y cuando, más tarde, fuimos poniendo la situación en claro, ella intentaba inútilmente recordar que teníamos determinado hacía tiempo desesperarnos si llegaba el caso. Y el caso cuando llegó, en vez de deprimirnos, lo que hizo fue centuplicar nuestra actividad. Aunque mi imaginación estaba ocupada casienteramente por mi descubrimiento de ella. Y querría compensar en cantidad y en intensidad lo superficial de mi trato anterior con ella, incluso en el periodo de los conceptos. Claro que tuvo siempre la culpa aquella familiaridad, que desde un principio me había hecho tomar las cosas con calma. No había pasado por esas fases de interés y conquista que producen impaciencia porque tienen su desenlace. Era »»de casa». Me fue acercando a ella el percatarme de su capacidad apreciativa, me sentí mirado y escuchado como por nadie lo había sido. Esas cosas que uno llama »»mis cosas», y en las que todo egoísta pone un cariño especial, desde que empezó nuestra amistad nunca cayeron en el vacío. No sentí nunca por ella ese pequeño desprecio que se siente por el que no comprende la agudeza de una frase nuestra. Empecé, lo que se dice, a peinarme para ella. Mis horas de estar solo fueron un continuo ensayo de lo que había de llevarla. Por esto, aunque cuando estaba con ella me dejaba dominar por el sentimiento, entera y sinceramente, al mismo tiempo fue desarrollándose mi egolatría. Hoy casi me avergüenza esta condición de mi temperamento, frío, tardío, que ha estado alimentándose tanto tiempo del sentimiento de ella más que del propio. Todo el que duró aquella vejez prematura, de la que me he salvado. Todo el que estuve situado ante ella como un niño viejo. Acercándome a ella porque sentía su necesidad, pero sin percatarme de su encanto; complaciéndome en verme en ella, pero sin verla a ella en mí.

Los acontecimientos imprevistos pueden ser temibles. Pero son los que quitan a las cosas el polvillo de la costumbre, los que nos hacen verlas en ciertos momentos con una lozanía tan sorprendente y tan deseable.

En ella todo cambio, más que superación, es florecimiento. Su mayor encanto no es su originalidad, sino su lógica. Hasta su alteración física, que por lo regular en las demás mujeres tiene aspecto de descuido risible, en ella es de maravillosa oportunidad, es extraordinariamente representativa de su momento trascendente. Es como la causa de su actitud, o como su justificación, como su razonamiento. No sé; es algo de dentro y de fuera, algo que desborda de expresión. En su *pose* de ahora, en su timidez pensativa, la frente avanza siempre al primer término, hasta hacerme sentir a veces la impresión de que le ha crecido, de que se le ha hecho más curva y de que es dentro de ella donde tiene esa pesadumbre interior. Tal carácter tiene de ser su asunto, su secreto, que me parece una humorada de la nueva, que no estaba bien enterada de nuestros proyectos. Me siento como robado por ella, por una voluntad ciegamente traviesa, capaz de arriesgarlo todo en un juego. Como tantas veces que he sorprendido su mano metiéndose en mi bolsillo y, al intentar sujetarla, se ha escurrido entre las mías como un pececillo, llevándose lo que me había quitado, así ha sido, sin yo enterarme, escapándose por las rendijas de mi voluntad para contrariarme, para estropear todos mis planes, para producirme una indignación bajo la que retoza una indecible alegría.

Es cobarde temer las sorpresas. Es cobarde, es de una petulancia vieja y desesperanzada. Es como no tener ganas de bromas, como vivir en la linde los acontecimientos desde donde se les pueda ver pasar sin que se metan con uno ni vengan a turbar su comodidad. Como tener una puerta sin llamador; puerta de panteón, de la que ningún pasajero pueda esperar respuesta. Como cocinarse uno mismo su vida con pulcra previsión, dejándosela en la fresquera de un día para otro. Es como creer saber que nada puede venir a sorprendernos agradablemente, a traernos una felicidad más perfecta que la que hubiéramos podido encargarnos a la medida.

De todo hombre cuya vida no nos explicamos decimos siempre que podía tener una posición mejor que la que tiene. Porque todos nos creemos capacitados para saber cuáles son las posiciones buenas, y querríamos que se plegasen a ellas los múltiples y complicados mecanismos individuales. Sin reconocer la infalible superioridad, la fatal comodidad de las posiciones naturales, imprevistas, pero consecuentes. Por eso, el estar en una posición largo rato y cambiarla bruscamente es acción que desnivela. Porque habíamos caído en ella por nuestro propio peso y en su forma se había moldeado espontáneamente nuestro estado de ánimo. Claro que si, por lo cómoda que era, se intenta recobrarla y se vuelve a poner el pie y a apoyar la cabeza donde antes, no se consigue más que imitar aquella posición. La comodidad es irrecobrable. Y seguramente el que estuviese mirándonos desde su comodidad no podría comprender la nuestra. Desde fuera no tiene explicación, ni aun habiendo estado. Es imposible volver a entrar, como si cada momento nos modificase, nos hiciese cambiar de forma, y ya no cupiésemos en el molde del anterior. Por esto la gente busca las posiciones desahogadas, moldes crecederos donde se cabe siempre. Ya que toda posición es relación del individuo con el medio. Lo que pasa es que hay quien prefiere que el medio se le adapte como un guante, hay quien le concibe como la carcoma a su madera: no para acomodarse en él, sino para cruzarle; no para labrarse un hueco amplio donde enroscarse y echarse a dormir, sino para trazarse un camino estrecho que sea la huella exacta de su forma. Claro que en ese entablillamiento, del que no se puede salir más que a fuerza de gastarle y gastar en él la vida, no hay descanso, no hay comodidad. Es seguro que se rinde todo el que sin interrumpir el avance no llegue a descansar en la emoción. ¡Último adelanto del confort, calefacción regeneradora que, irradiada desde el más puro centro, llega hasta las puntas de los pelos! No hay que temer gastar fluido en ella.

¡Un camino! Mejor que toda posición. Un camino es lo único deseable. Un camino largo, sin montañas limitadoras. Un camino custodiado por árboles que se den las manos para que no se escape por entre ellos, porque cuesta mucho trazarle. Un camino que seguir todos los días. Ahora comprendo lo que me ha traído a él, lo que me ha hecho elegirle entre las posiciones.

En los caminos no hay las rivalidades que en los puestos. Los que se sitúan hacen valer lo suyo, porque tiene lo suyo, saben dónde empieza y dónde termina lo suyo. Pero los que van

por el camino no tienen nada, pertenecen al camino, navegan en él siendo al mismo tiempo su corriente.

Esto es lo que he aprendido en mi camino cotidiano. Los que tenemos un camino que seguir, todos los días empleamos en él nuestro ánimo, adquirimos el hábito de esa si*tuación ambulante,* desechando, como transitorias, las horas sedentarias.

Vamos y venimos por él a diferentes horas, con tiempo diferente, y después de pasado un año conocemos el giro de los días. Apreciamos matices; hoy encontramos la luz de hoy con el anticipo de un olor del mes que viene. Y los compañeros de camino nos hacemos confidencias, pasamos lista sin olvidar a los que faltan, nos comunicamos cosas que sólo los que practican esta revisión diaria pueden apreciar.

Los abrigos tienen fisonomías sensibles que delatan cómo han pasado la noche. Se puede juzgar, por su buena o mala cara, si durmieron o no en la percha. En las primeras mañanas frías salen desencajados, entumecidos, los abrigos que hacen servicio permanente. Es una arruga que les cruza la espalda o la solapa lo que deja adivinar que hicieron de mantas. Arruga difícil de quitar por estar planchada toda una noche por el peso de un cuerpo, cogida con la espalda en el instintivo remeterse la ropa de la cama por detrás. Esos abrigos a los que su dueño hace ejercer un falso oficio, se despegan de él cuando los lleva puestos, se empeñan en conservar la arruga delatora para que se sepa su triste situación. En cambio, hay otros que se unen a él por su común desgracia. Los que duermen puestos en su dueño y sufren todo su revolverse intentando acoplarse a la piedra del banco, se ciñen a su cuerpo, moldeándose de él, adquiriendo arrugas de pellejo de animal enflaquecido.

La atención se disgrega en estas cosas. Es verdad. El que mira el camino va sin prisa, no lleva la marcha decidida del que va ciego a un fin. Está más expuesto a no llegar a ningún sitio o a ser arrastrado por los otros. Porque los que van a su objeto no consienten que un desocupado se pare a mirarlos, cortándoles el paso. Además, ¿cómo van a comprender que se les mira por mirarles sólo? ¿Cómo van a darse cuenta de que son espectáculo predilecto del contemplador? Si llegasen a sospecharlo se indignarían mucho más. Ser espectáculo del que no se afana, del privilegiado que tiene la suerte de gozar con el afanarse suyo y con su ser así, de tal o cual modo. Condición que, a lo mejor, es su tormento. Porque tampoco saben el fondo óptimo de nuestro sentimiento por ellos; no saben ver que nuestra mirada, nuestra inspección, más indiscreta, está llena de una intención cordialísima, que pensamos en ellos, que en nuestro recuerdo les mimamos, les cuidamos como a nuestros juguetes más queridos. Esto no podrían consentírnoslo nunca. Les pareceríamos seres de indignante fisgonería, de intolerable inutilidad social. Y acaso lo somos. Pero, bueno, precisamente la inutilidad de mi manía contempladora me deja meterme de lleno en ella. Es una gran satisfacción para mí este descubrimiento; porque antes me avergonzaba; no podía remediarlo, me avergonzaba no encontrar una justificación para mi modo de ser y no poder prescindir de él al mismo tiempo. Es corriente eso de tener un sentimiento dominador y, sistemáticamente, buscarle una justificación lo más elevada posible. Cuando hay cosas que no pueden justificarse. Sólo esto de saber que no tiene objeto en absoluto... Porque, ¿qué disculpa cabe para este continuo ocuparse del prójimo? No quiero tomar el estudio psicológico como fin superior; creo más en su superioridad estando seguro de que la cultivo sin ningún fin, sin la más remota intención utilitaria. Porque el que tiene un fin... Todos los fines son iguales. Al fin, todos se reducen a ganar, los que tienen buen fin, a los que lo tienen malo. Teniendo a lo mejor mal fin el que tenía fines más buenos. Por esto, de toda observación puede temerse que tienda a conocer los fines del prójimo para suponer su fin posible. Y yo llego a este fin ahora. Prescindir de todo fin.

Claro que en mi abominación de los fines se salvan los que automáticamente se hacen principios. Ya he llegado, sin darme cuenta, a tener un fin en mi vida. El chico. Y a este otro fin de no tener fines. De aquí puedo partir ahora.

Tan ciegamente se puede llegar a la paternidad de las ideas, que a veces nos creemos hijos de ellas. Tenemos un momento de claridad, y nos transformamos, nos parece nacer de él. Y así me ha sucedido con el chico. Ha sido preciso que se manifestase para que influyese

de este modo en mí. ¿Cómo no me daba cuenta de que todo lo que venía viviendo: mi holgazanería, mi despreocupación y mi egoísmo, ha bastado que se anunciase para que diesen principio cosas nuevas, cosas que indudablemente tienen apariencia de fines? De aquí ha partido todo mi divagar acerca de ello.

Lo que se imponía era tener una posición. Mi carrera... Yo no estudié nunca con propósito de hacerme una posición. Bueno, yo no estudié nunca. Pero, sobre todo, no comprendo cómo se puede hacer una posición con mi carrera. Si la he terminado regularmente ha sido porque ella misma me ha seducido algunas veces. En mí había propensión a la defensa contra el libro. Pero a veces era vencido por él, y después de una hora de lucha con mi imaginación indisciplinada, me daba cuenta de que por fin había estudiado algo, lo más inútil, cualquier cosa que por inexplicable simpatía me había obligado a detenerme. Pero ¿cómo sacar partido de eso? Lo que me maravilla era que me aprobasen por ello. Fue siempre tan dudoso, que estaba ya acostumbrado a que suscitasen mi amor propio diciéndome que había nacido para oficinista. Y, a lo mejor, he nacido para eso. Tendré que reconocerlo; lo que me pasaba era que no podía estudiar, porque había nacido para oficinista. ¡Esto es estúpido! Yo no sé por qué no estudiaba. Pero la verdad es que nunca me hicieron mella esas amenazas del Destino. Nunca me he explicado cómo se puede amedrentar a un hombre diciéndole: «Terminarás en oficinista». Para mí esto era lo mismo que decirme: «Terminarás en doctor en cualquier cosa». Lo que no admito, con lo que no he podido transigir, es con lo de *terminarás.* No sé por qué han de suponer que yo he terminado. Se puede decir de uno que terminó en un hospital o en un manicomio. Y hasta en ellos ha habido muchos interminables. Claro que son sitios a los que se va a terminar. Y estos refugios de la vida social, que son los empleos, también han llegado a tener apariencia de instituciones benéficas, porque a ellos vienen a parar los que requieren un régimen de reposo, en el que, por lo regular, se quedan para siempre. Yo sé que así se interpretará lo mío. Una vida desatinada, y ahora, el Destino cumpliéndose en forma de destino ministerial. El desenlace, el encasillamiento, la clasificación de mi historia vulgar de mal estudiante que tiene un contratiempo con la vecina y recurre a la burocracia, sin terminar el doctorado. Todos verán con desprecio mi historia vulgar. O, mejor dicho, todos vemos con desprecio las historias vulgares de los demás. Sólo yo puedo seguir estimándola. Yo, que la he querido, que la he hecho así de vulgar. Es decir, yo no la quería preconcebidamente así de vulgar. Pero me encuentro tan bien en ella, que comprendo que no podía haber sido de otro modo. ¿Qué sabe nadie cómo he ido yo creándomela, qué secretas satisfacciones he encontrado en ir viviéndola así? ¿Es que puede adivinar nadie mi proceso? Me juzgan como espectáculo, y mi vida, con sus intenciones, naturalmente, sería un fracaso. Pero es que yo no quiero sus intenciones. Lo que yo estimo son las intenciones mías, y sus resultados, aunque quisiera desestimarlos, no podría. Son su propio jugo; no pueden herirme: son lo que ellas dan de sí. Los demás son los que no se dan cuenta de cómo entonan con mi temperamento, de que no hay choque, de que no hay caída. Esto es lo que no sabe nadie: que yo sé todas estas cosas. Creen que yo soy de esos hombres que temen al Destino, de esos seres mal hechos, descontentadizos, que no son aptos para vivir su Destino; que se encuentran molestos en su realización, que se defraudan continuamente, porque tienen en ellos dualismos inconciliables y van unidos a ellos mismos a disgusto, como el ciego y el perro. Refrenando el hombre a su animal y maldiciendo el animal a su hombre. Por eso esperan de todos el fin natural, el de que el ciego apalee al perro. Pero, claro, como su perro está en ellos mismos, eso precisamente es lo que les hiere, lo que consideran su perdición, su deshonra humana. Porque, con esa ceguedad que implica lo humano, no alcanzan a los secretos y amplios y certeros fines de perro, de que participan, estallan en sus reacciones contra lo que ellos llaman Destino. Maldicen al Destino. Porque no quieren ser cuerpo de su Destino. Quieren que sea algo exterior, los otros, lo que está fuera, las circunstancias. Porque creen que están fuera de ellos las circunstancias. Pero yo no me veo, no puedo verme, más que penetrando de mis circunstancias; me busco entre ellas y no me encuentro.

Tengo mi destino, que yo prefiero llamar camino. Por él iré con todas mis circunstancias y con todas nuestras consecuencias. Eso, las consecuencias, serán la realización de mi Destino. Pero eso ya lo veremos al final. O, mejor lo verán. Yo no veré mi Destino; mientras yo lo vea será camino. Los que miran a los otros desde su Destino les amargan la vida con sus miradas codiciosas, de reclusos. En cambio, en el camino es grato mirarse. Es grato mirar y ser mirado. Nada de afectar indiferencia por la mirada ajena. Hace un momento me indignaba que tomasen mi vida como espectáculo. Pero ¿por qué no? ¿Con qué les pagaría entonces? ¡Qué fácil es incurrir en la observación ventajista, aun siendo de temperamento refractario a ella! ¿Por qué me he contagiado yo de esto? No; puedo asegurar que, sinceramente, no lo he sentido nunca. Es una cosa que se le pega a uno de los demás. Se quedan inevitablemente en la cabeza sus estribillos atrabiliarios: «¡Yo no consiento...!» .«¡A mí que no me vengan...!» Pero yo he gozado siempre con el intercambio. Claro que lo que no he hecho, ni haré, es modificar mis direcciones por complacer a los que miran. Tengo mi norma personal, que estoy decidido a imponer. Porque esa es la verdadera satisfacción, ese contradecir, ese resistir la corriente. Darles lo que piden sería estúpido... Y, sin embargo, ¿por qué no ha de haber también encanto en darles lo que piden? ¿No es magnífico esto de saber lo que piden, o más bien lo que necesitan, mejor que ellos mismos? Porque, habiendo llegado a este estado de desinterés, ¿no es estúpido anteponerse, dar una importancia capital a la propia realización y ser indiferente a las otras? Esta es otra rutina de los opacos, y todo menos eso, ¡todo menos la opacidad! Yo sé muy bien que me he complacido a veces en la realización de cosas para mí absolutamente irreales. Eran los otros los que las pedían, y casi también las hacían. Había una mutua satisfacción en cooperar, sobre todo por ser sin previo acuerdo.

El encontrarme aquella mañana con aquella chica comunista y darme por acompañarla y por llevar a su pequeño en brazos... Yo lo hubiera asegurado sin titubear. Ella aquel día habría salido de su casa tan incompleta como siempre. Una mujer sola con un chico es una trinidad descabalada. Sin embargo, se la veía llena de indefinida esperanza, dispuesta a contentarse con cualquier pequeña felicidad que se le presentara. Y yo no sabía apenas nada de ella. Sabía que era comunista porque habíamos hablado un par de veces. Y me lo explicaba, pareciéndome consecuencia lógica de ello, lo de que tuviera aquel chico. Yo veía que en ella era aquél su comunismo, su comunión. Y me sentí junto a ella, como nunca, profundamente comunista. Acaso lo eran todos aquella mañana. Lo era la mañana misma, llena de efusiva y común cordialidad. Era la mañana diáfana que otros llamarían eucarística y yo prefiero llamar comunística. En ella era preciso que una pareja joven jugase con un niño en un paseo. Todos los que pasaban lo aprobaban. Venían dispuestos a aprobarlo, a comulgar en ello. Y no pasó ninguno que supiese la verdad del caso; porque si hubiese pasado un conocido hubiera visto que les hacíamos comulgar con ruedas de molino. Pero no, la verdad de la cosa era la verdad de que estábamos todos comunicados. Por encima de pequeñas verdades discordes creamos aquella verdad ideal, no menos verdadera; porque en aquel momento era eso de lo que se trataba. Había llegado a desinteresarnos todo lo particular. Es decir, nos sentíamos partes, participantes de un momento, estado, sentimiento común. Distantes, aisladas de esta corriente que nos penetraba estaban las otras verdades, olvidadas. La de que entre la chica y yo no había la menor relación; la de que no éramos nosotros, una muchacha triste y un malgastador del tiempo, los más a propósito para elevar el ánimo de los transeúntes con la ternura de nuestra escena familiar. Al encontrarnos prescindimos, instantánea e inconscientemente, de nuestras respectivas personalidades. Empezó a preocuparnos la personalidad de nuestro conjunto. Empezamos a sentir como única e inminente realidad el aspecto de aquella unión, ocasionada por habernos encontrado en el mismo camino mañanero y haber seguido un rato al mismo paso. Nos sentimos creados por la apreciación ajena. Las miradas de los demás nos incitaron, nos iniciaron en aquel camino idílico. Nos obligaron, nos comprometieron, con una insinuación irresistible, que no tiene nunca el torpe, el práctico consejo. Los que pasaban no sabían nada, creaban aquella verdad que necesitaban, y nosotros no pudimos defraudarles. Perfeccionamos nuestras actitudes con blanda convergencia, hicimos paraditas riéndonos y cambiándonos el chico de unos brazos a otros. Hicimos toda la mañana.

Cuando, al mediodía, la mujer de algún oficinista saliera a abrirle la puerta, recibiría un beso lleno de fragante e insólita tibieza. Un beso más tierno. Eso es más reciente, con ese sabor tan nuevo con que nos sorprende a veces el pan cotidiano. Deliciosamente dorado en el horno que nosotros habíamos encendido en el bulevar para la consumición de los otros. Porque todo el que pasó por allí aquella mañana comunística se llevó su parte, y siguió ya impaciente de llegar a casa y repartirla y comunicarla. El hambrecilla de las doce, que hace aligerar el paso, les apretaría aquel día más arriba del estómago.

Crear estos momentos que repercuten en las vidas de los demás, divergentes de la nuestra. Partículas de nuestra personalidad, que se nos lleva la sensibilidad ajena, que se irán desenvolviendo con ese poco de esencia nuestra, según las mil modalidades de los que las perciben. Esta es la verdadera vida. Pero ha de ser así, no por la aprobación, sino por el placer de la colaboración como único beneficio. ¿Quién no ha sentido ese momento comunístico, esta necesidad del intercambio, de la repartición de bienes? ¡Si todo lo hemos sacado de ahí, de ese fondo común!

Es preciso volcar en él todo lo que se tiene, verlo alejarse de uno en infinitas refracciones centrífugas, que ya volverá irradiado desde otro en cuya esfera de acción seremos punto.

Sólo este comunismo unánime puede salvarnos del torpe instinto de propiedad de la reserva aisladora. ¡Comulguemos en la transparencia!

II

Empezó a transformarse la casa por aquel piso, que era precisamente el raquis de su vetustez, lo más anquilosado, lo de más aquilatada ranciedad. Era como su núcleo primero y esencial alrededor del cual las demás cosas se habían ido haciendo consecuentemente, y el espíritu pacífico de la casa llegaba en él a su condensación. Se sentía, al pasar, un silencio no enteramente vacío, como si fuese la guarida de una minúscula alimaña que estuviese allí encerrada durante años de *vita mínima, y* fue preciso que viniese a alterarla la muerte, tirando de ella con seis caballos negros que se la llevaron como hormigas a su agujero.

Fue un momento de crisis para la casa el de quedarse sin casera, y una mañana de sobresalto aquella en que un Packard le dejó a la puerta a los nuevos amos. A los pocos días lucía el portal el farol Renacimiento que era como el regalo que le habían traído, y mediante unos cuantos obreros, pacientemente arqueólogos, volvían a apuntar los cuernecitos barrocos de una piedra ilustre inserta en su portada.

El piso silencioso empezó a importar y a exportar ruido. Llegaban cajones que conmovían la escalera, dando con sus ángulos en los escalones trompicones de gigante, y al abrirse se ponían enseguida en movimiento sus contenidos ruidosos; zumbaban las máquinas eléctricas, la que sopla, la que limpia, la que calienta; la pianola desarrollaba grandilocuencia musical, y el gramófono se lamentaba en cuatro o cinco idiomas, unas veces, de estar triste, y otras, de estar alegre.

Ahora, después de haber clavado clavos en sus paredes y haber ayudado a cambiar de sitio sus cachivaches, recuerdo siempre en confusa perspectiva lo que había y lo que hay actualmente en la casa, y siempre que entro creo que voy a encontrar aquel retrato de don Carlos en el muro de entre los dos balcones, olvidando que fui yo mismo quien le dio el asalto, quien irrumpió entre los dos haces de luz en el recinto de sombra donde se encastilla, y, subido en la escalera, le devolví cara a cara la inscripción que tenía al pie: «¡El triunfo es nuestro!», pasando en calidad de prisionero a la guardilla.

Con él cayó la dinastía de los diecinueve en aquella casa. ¿Cómo iba a haber presidido los tés de los viernes? Los tés en que la sobrina de Julia perdía en el tango su pantorrilla sofocada. Olvidaba su pantorrilla, la abandonaba, era su cola de sirena que se le escapaba de la falda.

Lo llenó todo aquella pantorrilla. Lo pervirtió todo, nos pervirtió a todos. Estaba tan bien educada, tan bien informada. Sabía tanto de tenis como de tango. Con tacón, sin tacón, con media de seda, con media de lana. Eclipsaba la personalidad de la dueña. Es más: eclipsaba la de su compañera. Era una pantorrilla sola la que estaba en todo. La que saludaba a la gente, la que ofrecía pastas. Esa muchacha tiene el pretexto de su pantorrilla. Ella no es gran cosa; pero su pantorrilla, no cabe duda, está bien. Y la dueña sabe participar indirectamente del éxito de su pantorrilla. Siendo al mismo tiempo la muchacha el pretexto de la familia. Porque ¿cómo iba a haber en casa de Julia esa alegría, esa novelería, si no fuera por ella? Así, en la sobrina está muy bien. La alegría de esa chica es como un globito flamante que cabecea por encima de todos, que se escapa al techo. Pero que se sabe que no va a ningún sitio.

Y nosotros nos pusimos en la actitud de alabarles el juguete, ¡porque les complacía tanto!... Parecía que no querían más que lucirle, que jugar con él, que organizarlo todo alrededor suyo. Pero Julia era la que tenía el hilo y, por lo tanto, la que dirigía el juego. Toda la casa fue cambiando por entonarse con su opinión. Y a nosotros se nos infiltró su influencia más que a nadie, porque nuestra casa estaba aún recién plasmada. Habíamos precipitado su realización acometiéndola con impulso sobrado para una obra enorme, y nos había resultado apenas obra tan fácil, tan breve. Una vez hecho todo nos encontrábamos con nuestro tiempo delante, como una gran fuente de minutos que pudiésemos comer grano a grano.

Así llegamos a la filigrana, al virtuosismo sentimental.

¡Mi maniobra del espejito fue una labor de chino! Fue la manía de ver las cosas como el objetivo del cine, que es como las verá el ojo de la Providencia -¡qué absurda estilización ese ojo desparejado!-. El triángulo de las Potencias debía estar centrado por un límpido, potentísimo objetivo de cerco metálico que destellase pestañas de luz. Mirada monocular, pero omnividente, perceptora de todos los planos, de todas las faces. El espectador de la pantalla pierde todo sentido de situación. Por más que quiera ahora reconstruir aquella escena, no puedo darme cuenta de cómo cambiaba la imagen que me sugirió aquello. En el grupo de la pareja abrazada, con la barba del uno en el hombro del otro, las dos caras eran anverso y reverso. Sin embargo, se veía simultáneamente el gesto de él, caído, entregado, y la fría observación de ella, valorando el sortijón recién regalado. ¡Y tuve la paciencia de perseguirla en casa más de quince días, con el espejito convexo en el bolsillo! Fue una paciencia de naturalista. Acechar ese momento no visto, no disecado por ninguno. Pero del que todos hemos sentido el vuelo. ¿Cómo sería la mirada suya de aquel momento, esa mirada que, sin llegar a encontrarla, se siente tan profundamente? ¿Cómo serían sus ojos, mirando hacia dentro? Porque, indudablemente, las miradas, como los que hablan a través de un tabique, se sienten en el punto de contacto de las cabezas. Pero lo difícil es establecer ese contacto cuando y como se quiere y estar alerta para no dejarlo escapar. Esto es imposible. Porque la situación se llega a conseguir. Me fue fácil llevarla a la consola y retenerla allí, apoyándome yo en el mármol. Podía enfocarla; con asomar un poco el espejito, la veía perfectamente en el espejo grande; pero era inútil: ella sentía mi inquietud, sentía que yo no aterrizaba en aquello, y sólo conseguí sorprender dos o tres gestos triviales, correspondientes a pequeñas cosas que ella decía, en las que su imaginación daba vueltas. Así perseguía yo su mirada, como se vigila la hojita de té que da vueltas a veces en la taza, y que no perdemos de vista en cada sorbo. Pero que, después de haber espiado todo su navegar, se nos borra un momento, el suficiente para pasar por nuestros labios, y nos la tragamos inevitablemente. Cuando la mano con que sostenía el espejismo me pesó tanto que tuve que dejarla descansar en su cintura, ¡entonces fue el momento! Entonces fue cuando su mirada resbaló con la corriente, porque se había tocado el resorte de la compuerta y se precipitó en el fondo. Yo la sentí caer dentro de mí y la apreté a ella queriendo detenerla en el camino. Pero ya era tarde. Sólo me consolaba de no poder verla el estar seguro de que la tenía.

¡Hace un siglo de todo esto! Pero, no; ¿por qué ha de hacer un siglo? Si fuera preciso que hubiera pasado un siglo para vivir lo que he vivido en este último tiempo, ¿qué valor tendría? ¿Cómo podría diferenciarle del tiempo anterior? Ha pasado sólo un puñado de días. El tiempo es el mismo. Lo que ocurre es que estos días, compases de este tiempo, han sido llenos, abarrotados. Antes, en cada uno había una sola nota, dormida a la sombra de un calderón; en cambio, estos últimos han sido de esos desbordantes, de esos que su conjunto en la página es una delirante montaña rusa de escalas, de esos en que las manos del pianista se distienden, estrujando racimos de acordes inabarcables. Han sido unos compases de estruendo, que siempre son buenos para despertarle a uno cuando está medio dormido con la melodía. El estruendo clásico de los cuentos en que se rompe un encanto.

¡Se ha roto el encanto sentimental!

Lo he roto yo voluntariamente. Y lo que más me extraña es que me haya sido tan fácil romperlo, cuando me tenía tan atado. No es más que una pura sugestión. ¿Qué es eso del sentimentalismo? ¿Qué microbio es ése? No es microbio; es un bicho, una araña casera, de esas arañas conservadoras, que están siempre, como en la orilla del puerto, dispuestas a echarle un cable a todo lo que llega. ¡Todo lo atan, todo lo dejan lleno de amarras! Yo creo que en esas casas donde los ladrones abren el armario y no se llevan lo más importante, no es porque no lo han visto; es que la araña tutelar lo tenía tan bien atado que no hubo fuerza capaz de arrancarlo. Y lo mismo debe suceder cuando se siente el atamiento que impide poner fin a un diálogo. Hay gente que no sólo tiene en su casa la araña sentimental; hay quien la lleva consigo. ¿Cómo se podrían resistir esas conversaciones a pie firme que llegan a durar horas, si no fuera porque se está apuntalado, inmovilizado por el hechizo de la araña?

Sin metáfora, yo he sentido positivamente mi voluntad sujeta por un hilo de araña. Claro, que requiere estar en ciertas condiciones para poder sentirlo. Haber pasado un gran rato inmóvil, hecho cosa abandonada, y volver poco a poco a recobrar la voluntad; más bien, que vuelva ella hacia nosotros. Verla venir de lejos y entonces notar que se está preso por un hilo tendido desde la punta del zapato hasta el suelo. Y preguntarle a la voluntad si, cuando llegue hasta el pie, podrá romper el hilo. Es infalible que titubea, que avanza- por dentro de uno, desconcertada, y no atina a poner el motor en marcha. Porque, además, la responsabilidad. ¿Qué puede suceder si se rompe el hilo? Es preciso que la conciencia ayude, o que haga la vista gorda. Y después de roto viene el pensar. Pero ¿cómo he podido? Y ¿cómo no acontece el cataclismo esperando? Y ¡cómo pude haberme pasado así la vida! ¿Pude? No, no pude. Hubiera podido.

Esa es la cuestión. Ese condicional es la complicación, psicológica del verbo. Todo lo que es verbo en nuestra vida está sometido en ese condicional a fluctuar en el campo de las posibilidades, está expuesto a dar el tropezón y rodar la pendiente de lo imposible. Yo escribiré algún día las memorias de mi pasado condicional, las memorias de todas mis potencias triunfantes o fallidas, según fueron de buen o mal modo condicionadas, y tendré que pegar hebra muchas veces en todas aquellas cosas que se soslayaron, que sólo dejaron una débil huella en el punto de partida desde donde hubieran podido ser. Lo que hace falta es saber si para conseguir esas memorias será necesaria una observación excéntrica o concéntrica. Porque enfrentando la reflexión de nuestros actos los inmovilizamos, los atravesamos con esa mirada fría que devuelve el espejo, por estar tan bien centrada con nuestros ojos. Todos ignoramos las posibilidades expresivas de nuestra mirada, porque su línea para nosotros es punto; en cambio, desde fuera es desde donde se le ve ondular, desde donde se puede apreciar su trazo como carácter inconfundible.

Esta es una de las más útiles experiencias que acabo de adquirir. Simplemente por el hecho de elegir determinada mesa en el comedor de madame Marrast, aquella mesa que era arrecife en medio del uniforme elemento francés, nos reunimos en ella como peñones destacados de los litorales, con olvido completo de nuestros continentes, y una corriente recíproca nos llevó a David y a mí a elegir los puestos fronteros. Sin duda en aquel ensamblaje de nuevas amistades que se formaba, nosotros inaugurábamos la nuestra con previo pacto de confianza, desechando toda observación. Acaso por saber que no iba a ser duradero nuestro trato. Con Anatolio me unía cierta relación profesional y sabíamos que aunque nos separásemos no nos perderíamos de vista, nos seguiríamos de lejos en constante y mutuo enjuiciamiento; pero David me inspiraba una amistad rápidamente consolidada a fuerza de aportar en línea recta material psíquico, y a los pocos días me parecía conocer claramente su norma íntima. Fue preciso que un ratón me indicase la brecha vulnerable. Alguien, un pequeño ser astuto que buscaba las vueltas a su integridad,

y al llegar yo un día al comedor le sorprendí atacándole por un flanco. Estaba sentada en la mesa de detrás y, columpiándose en su silla, tiraba del respaldo de la de él hasta lograr la convergencia, y le hablaba al oído, más bien a la oreja, a ese miembro inexpresivo que no podía helarla con un gesto. Yo entonces vi su perfil por primera vez, y me quedé aterrado; me pareció sorprender un complot. Estuve a punto de avisarle. ¡Esa chica!... Pero lo más temible no era la chica, era su perfil, su ojito rasgado, agudamente sensual, guiñado por el malévolo cosquilleo de la tentación. ¡Qué estupenda clave de un temperamento! Tener bien definido su yo, el que él proyecta desde su frente, con su palabra, y un día sorprenderle ese otro que le espía, que está a su lado, pegado a él, esperando el descuido. Porque allí, casi a espaldas suyas, pudo haber un acuerdo, y seguramente no lo hubo; seguramente no tuvo más vida que en el momento en que yo lo vi nacer. Eso sí; en aquel momento, a partir de él, pudo haber sido. Pero seguramente se frustró. Es un fragmento de su historia que acaso él ignora, y que será precioso comprobar con lo que fue en realidad. Yo se lo haré ver algún día, como una cosa que se le hubiese perdido y hubiera recogido yo por casualidad. Por suerte, mejor dicho, porque en la memoria no queda más que una sombra de esas cosas que escapan al foco de la conciencia, y al intentar buscarlas se pierde uno en el vértigo del perro que se busca el rabo.

Yo, realmente, ahora no podía precisar en qué momento eché a andar, cuándo empezó a serme forzoso salir de Madrid. Antes de pedir el permiso en la oficina sufría verdaderos accesos de decisión. Se me aceleraba el pulso y el paso si, yendo por la calle, rozaba una de mis ideas con la del viaje. En cambio, después, ¡qué días tuve de remolonería! Y nada de lucha de deseos. Era más bien como una discusión interminable. Pero ¿por qué no he de irme? Pero ¿por qué no he de quedarme? Discutiendo mis dos posibilidades con expectación nada más, sin ganas de vencer. Claro que mientras discutían, una iba andando y la otra iba quedándose. Pero hasta después de estar en el tren seguí oyendo el ¿por qué no he de quedarme? Y aquí mismo lo oigo aún algunas veces. Sin embargo, el ¿por qué no he de irme?, desde el primer momento tuvo carácter de «Me iré». Lo otro no era más que espíritu de contradicción.

Siempre tuve el deseo de viajar; ha sido esta guía parlante que son Julia y los de su casa lo que me ha hecho tomar el viaje como una medicina. Sobre todo, ese querer convencerme de que me era indispensable, de que yo no podía opinar sin haber salido de casa, sin haber visto París, que es la sede del sentido crítico. Cuando, ¿qué es lo que he venido yo a ver aquí? No es que me haya desagradado, que me haya defraudado; es que no he sacado nada en limpio. Yo ahora haré lo que sea capaz de hacer, sin que París me haya dado ningún secreto. ¡Qué ridículo este venir de compras a París! Más bien de caza, y de caza furtiva. Yo, sin ir más lejos, no pienso alardear nunca de haber adquirido aquí nada. No me interesa esta marca. Pero era necesario este paseo de información, ya que me dispongo a hacer algo. Ha tenido al menos la ventaja de entenderme con Anatolio y de haberme decidido a salir de allí con él. Yo solo no hubiera tenido esa iniciativa, ¡y ha sido fundamental!

Pero decir que ahora es cuando empiezo a interesarme por el viaje. Ahora, con itinerario propio, Julia, seguramente, lo encontrará descabellado. Está acostumbrada a marcar ella los itinerarios, a que todo el mundo se avenga a admitir la dirección de su experiencia. Si no comprende desde un principio la segunda intención de mis planes pensará que los he hecho sólo por emanciparme. Cree que abomino del espíritu turístico. Y realmente abomino. Pero del suyo, no sé; no la concebiría sin él. Es hasta lo que vulgarmente se llama fealdad en una persona, esa fealdad indiscutible, y si llegamos a encontrarla en armonía con algo íntimo -no compensada, sino compenetrada; no que la perdonemos, que la toleremos, sino que la desentrañemos, que sepamos que su porqué es como una humorada de aquella cosa amable-, acaba por parecernos un encanto. Bueno; esto es algo de lo que Julia no se convencerá nunca. Habiéndome oído ridiculizar tanto la manía viajera, tienen que hacerla muy mal efecto mis alusiones. Pero yo estoy dispuesto a no piropearla. Ese elogio fácil y abundante que puede encontrar en cualquier hombre no he de proporcionárselo nunca. Si el mío le interesa, que lo pague caro; que sepa encontrarlo implícito en mi mordacidad. La hubiese parecido de perlas que la elogiase ese cutis tan transparente que tiene. Pero lo de asociar las ventanillas de su escote al sistema arterial de un plano ferroviario le resultó un insulto. No sé cómo no se da cuenta de mi punto de vista, cómo no ve que en mi elogio no hay nunca intención de soborno, que es simplemente hacer constar que me entero de las cosas. Debe bastarla, debe reconocer que es de más valor. Y, seguramente, para consigo misma lo reconoce; lo que pasa es que no quiere dar su brazo a torcer. ¡Señor, qué frase más imbécil! ¿Cómo podrá uno adoptarla con tanta naturalidad? ¿De qué arbitrariedad, de qué violencia no sería capaz el que se le ocurrió por primera vez? ¡Como si intentar convencer a una persona supusiese descoyuntarla! ¿Es que yo intento sacar de quicio su temperamento? No; yo la adaptaré al mío con suave ortopedia.

Me ha herido lo disparatado de la frase, y, sin embargo, tengo que acabar reconociendo que es expresiva. Por la brutalidad de su realismo he sentido instantáneamente que torcía su brazo, que maltrataba sus brazos. La he visto envolvérselos en el chal, defendiéndolos, como cuando abrían una puerta y se le ponía carne de gallina. Pero claro es que no ha sido sólo del frío de lo que la he visto defenderlos así. Lo ha defendido también de mí, me los ha ocultado muchas veces porque no le satisfacía mi mirada. Y yo se los he maltratado, sabiendo que lo percibía. Cualquier otro hubiera sabido engañarla, diciéndole algo de sus brazos, bajo lo que podía ocultarse la más mala intención crítica. Ella se hubiera tranquilizado. Mi observación y

mi silencio era lo que exasperaba. Sabía que no podía decirle lo que pensaba, y sabía también que ese no ser capaz de resistirlo la rebajaba en mi aprecio. El día del traje verde llegó a odiarme. No sabiendo que para mí eran sus brazos anquitas de rana, ¡cómo percibió que aquel traje se relacionaba con algo en mi imaginación! ¡Si hubiera sabido que yo me pasé la tarde pelando sus brazos de la seda de aquellas mangas ajustadas, y encontrando sus anquitas de rana, tan tiernas, tan cruzadas de venillas y marcándosele los tendoncitos de las muñecas!

Claro que había antecedentes, porque el día que llegó Alfonso de la Sierra con las perdices, me entretuve en su exégesis, haciéndola comprender que si el cazador las persigue con predilección no es por mera afición gastronómica, sino porque ocultan bajo su plumaje el desnudo de su ideal femenino, y por eso la mujer de ese hombre glotón que suele ser el cazador, debe tener algo de perdiz pelada, con su gran pechuga y sus tobillos flacos. Era un deleite inexplicable el que yo encontraba en aquel momento que estuve a punto de hacerla llorar. Ese dolorcillo del amor propio, tan lleno de compasión para consigo misma, me resultaba delicioso. Toda la tarde la estuve sorprendiendo el característico temblorcito del labio, precursor del llanto, hasta que lo vencía y conseguía ponerse a hablar.

En estos veinte días tiene que haber puesto muchas cosas en claro. Porque cuando yo estaba allí, apenas la dejaba tiempo para reaccionar, y a mí, por lo menos, me es utilísimo ciar un repaso de vez en cuando, distante de la emoción inevitable en el momento de acción. Porque por muy premeditado que se tenga lo que se quiere provocar, cualquier cosa inesperada puede intimidarle a uno. En mí, sobre todo, ese no saber disimular la satisfacción o el descontento del resultado... Esto es de mal jugador, es carecer de técnica.

El habernos separado tan repentinamente tiene la ventaja de cortar estos dimes y diretes. Nos obliga a tomar resoluciones. Claro, que el residuo de lo pasado influirá en la suya. Pero no tengo motivo para desconfiar. No ha habido promesa; pero ha habido pacto. Además, el tiempo y la distancia son archivos apacibles de las cosas. Aunque se exponga alguna a ser roída por una mala pasión, la que se conserva en ellos se puede estudiar a todas luces. Y yo, juzgando por mí, lo veo ahora todo tan perfecto. No perfecto, disparatado si se quiere; pero magnífico. Ella tiene que verlo igual, con serenidad, sin esa indecisión que produce el estar pendiente de los espectadores. Como aquel día que me contestó con una violencia tan indiscreta. «¡Y usted, lo que es!...», y todos volvieron la cabeza. Después de haber empezado, ¿qué iba a hacer la pobre? Tenía que seguir, tenía que arrostrar la expectación, y lo resolvió diciéndolo ya para ellos. Lo repitió mucho más alto. «¿Sabe usted lo que es?» Al segundo, todos comprendieron que iba a hacer una gracia. Pero ella estaba aún inquietísima. Lo repetía como agitando la campanilla, para que todo el mundo escuche. «¿Sabe usted lo que es, quiere usted saber lo que es? ¡Un niño gótico!» Y se rió ella misma su chiste, para redondearlo. Pero en aquella risa agotó su voluntad, perdió el color, se la vio palidecer como si se le hubiese escapado en la última carcajada fingida. Porque en el momento de saltar por la impertinencia mía, y más al verse delatada, al comprender que su voz había sonado excesivamente agria, se puso encendidísima. ¡Cómo desapareció el azul de sus ojos pequeñitos en el rojo de la cara! Fue como una inmersión en aquel rojo, como una ocultación de su personalidad en aquello que salía a defenderla, a encubrirla mientras duraba la tensión. Después la abandonó; más bien, se retiró adentro de ella, y se quedó blanca, con un gesto petrificado, acartonado, de amargura. Hablaba, atendía a los demás; pero yo sabía que aún lo tenía atragantado. Si hubiera sabido contestarme en el tono confidencial que no chocaba a nadie, se hubiera desahogado, me hubiera dicho: « Es usted muy poco galante!, Estoy seguro de que era eso lo que quería decir. Pero no midió bien y produjo una explosión en el almacén de sus indignaciones. Porque fueron todas las pasadas las que cayeron sobre mí. En aquel momento casi no había motivo. Pero antes había habido tantos... Además, es cuestión de mala suerte. Estoy seguro de que muchas veces la he molestado más de lo que pretendía, por ir a dar en sitios ya doloridos por la desconfianza de sí misma. Pero es que incita a la indiscreción, es que está en ese momento de tener secretitos como las tobilleras, como las pequeñas cuando empiezan a encontrarse guapas y disimulan que están pendientes de ello; pero de su mirada se escapa continuamente un «¿Se me nota?» Y Julia ahora está alarmada, sorprendida con sus

treinta y seis años. Coquetea con ellos, hace como si quisiese y no quisiese ocultarlos. Se le escapa igualmente el «¿Verdad que no se me nota?» ¡Tan suplicante, tan lleno de una bondad abusona, capciosa, que parece imposible que se atreva uno a hacerle nada malo a la pobrecita! ¡Tan pobrecita!

Siendo la mujer de posición más brillante que he tratado, no puedo menos de llamarla continuamente eso de «pobrecita». Ahora lo veo con una expresión. Lo veo plástico como nunca. Así, con este fondo de coche de tercera, me parece que la veo ahí, enterneciéndome con algo lastimoso... ¿En la boca? Sí. Indudablemente es en la boca. Y el caso es que su boca no es fea. Pero ¡se vuelven de un modo sus labios hacia fuera..., deja ver tanto las encías...! ¡Ha sido en el tranvía donde yo he experimentado una sensación parecida! Esas mujeres que visten con cierta corrección; pero que al sentarse enfrente se percata uno de que en su conjunto hay algo deplorable. Se empieza a buscar; se cae en que llevan las manos exageradamente pulidas y en las mangas de sus chaquetas nos enfocan, enseñando un forro arrugado. ¡Esto me ha producido siempre una impresión tristísima! Y Julia también provoca esa tristeza irrazonable. Yo no creo que lo haga deliberadamente, porque no tiene objeto. Pero acaso su inconsciencia lo explota. Porque, ¿a qué hacer si no esos gestitos cuando habla, cuando llama al perro *Mon petit, petit, petit,* poniendo la boca cuadrada como una almohadillita, palpitándole apenas entre los labios de la *p* extraminúscula de *petit?*

A mí me estremece verla. Me estremece de compasión, me hace casi daño. Me hace daño verdaderamente, y pensar así en ello también. Julia no creería que yo sufro igualmente con estas cosas. Se preguntaría que por qué las creo, que por qué no las desecho. Y yo mismo me lo pregunto. Pero ¡si es que no puedo remediarlo, es que me incita precisamente su ternura, su delicadeza! Es inevitable. Sensaciones de este género han llegado a ser trucos cómicos del cine. Todos, en cuanto vemos aparecer en la pantalla al hombre del pie malo, con su pata estirada atravesando la escena, amerengada de algodones llamativamente blancos, sabemos que es para que se la pisen. Y no querríamos; si pudiésemos, acaso lo evitásemos; pero por no sufrir ese escalofrío, ese dolor de rechazo que es como la repercusión en nuestra antena de un golpe que hiere la corriente común. Y, al mismo tiempo, ¡qué risa!, ¡qué risa más indomable, sobre todo si es el boxeador el que le pisa! ¡Y no digamos si es el alpinista, con sus botas de clavos! Porque, además, esa incitación al daño existe en casi todas las cosas, y especialmente en Julia. Pero el caso es que yo adoro a todas las cosas. Si las hago daño es que es ése mi modo de expresión. Yo no quiero más que hacerme sentir de ellas y sentirlas. Sentir hasta su dolor, el que ya les causo.

Ahora podría decir que he pensado en Julia intensamente. ¿Y quién sabe cómo pensará Julia en mí? Pero presiento que si pudiese penetrar sus intenciones más malas para conmigo, no habrían de hacerme daño. Yo encuentro que esta burla de sus características es la gracia de mi sentimiento, y a Julia la envenena la vida. En cambio, para una vez que se le ha ocurrido caricaturizarme ha ido a dar con un insulto tan familiar, al que estaba tan acostumbrado.

¡Cómo me pueden aún las costumbres!

No creo que haya nadie que, desprendiéndose con tanta facilidad de sus costumbres, les tenga tanto cariño como yo a las mías. Las dejo sin darme cuenta, sin despedirme. ¡Pero cuando las vuelvo a encontrar!...

Y esa frasecilla que a los doce años me exasperaba oír con tanta frecuencia, al encontrarla otra vez en Julia, lo primero que me causó fue alegría. Me dije: «¡También Julia!» Y me lo dije con satisfacción. Aunque, bien pensado, no podía satisfacerme más que por mi amaneramiento en alegrarme con cualquier recuerdo. Porque lo de que también Julia incurra en esa incomprensión que yo creía de exclusividad de los tíos; que sea capaz de soltar esa frase que implica psicología de tía... Eso es; se puso en ese plan conmigo de mandarme a la cama por molestar a los mayores. Esto me contraría indudablemente, porque implica distancia. Y una clase de distancia infranqueable.

Lo que pasó es que como la frase yo verdaderamente nunca la había rechazado, aquel día la acepté, como de pequeño la aceptaba: en secreto, dignificándola para mí contestando a ella como cualquier otro chico mal educado, pero quedándome diciendo: «¡Sí, lo soy, lo soy y

lo seré siempre!» Claro que entonces no había averiguado aún su significado -ahora estoy seguro de que es ése-, pero sabía lo que los demás ponían en ella: una mala intención de destruirme lo más mío, mi personalidad más irreductible. No habiendo en casa nadie de intención lo que se dice mala para conmigo. La verdad es que todos me querían; pero me lisonjeaban con su cariño como prometiéndomelo, como enseñándomelo, como diciéndome: Si prescindieses de eso tendrías más; y yo me decidí a prescindir de las manifestaciones, no por captármelo, sino porque en esa edad, por encima de todos los sentimientos, se codicia el sabio escepticismo de los mayores. Nunca hubiese llegado a aclarar nada de esto si no hubiera pasado estos días en Rouen. ¡Qué evocación! ¡Qué evocación de mí mismo! Cada uno tiene su manera de evocar. Yo, aunque hubiese sabido mucha historia de Francia, estoy seguro de que no me hubiese acordado de ella. Pero ¡qué fondo, qué paisaje para un yo lejano! ¡Qué bien me encontré entre aquellas formas, entre aquellas expresiones predilectas un tiempo! ¡Qué evocación de aquel momento mío en que este espíritu era ya como una evocación, queridísima, de algún momento que hubiese sido mío!

Tuve días de pasear por Rouen unido a la ciudad con camaradería. Como si tuviésemos cosas que contarnos de cuando éramos «niños góticos». Y precisamente en esos días no me acordé de la frasecilla, no fui capaz de darle este significado. Pero me rondaba su recuerdo con vaga pesadumbre por haberlo cultivado clandestinamente, por no haberme atrevido a ir por serlo a la hoguera, como allí mismo había ido la que lo fue por excelencia.

Ya en París me perseguía este sentimiento, y me contuve dos o tres veces de hablar de ello a Anatolio, porque no todo el mundo suele comprender cómo se puede sufrir el arrebato admirativo de una cosa que en apariencia no tiene nada que ver con nuestra actualidad estética personal. Cómo se puede encontrar consonancia en algo de lo que nuestros actos difieren, y tener, sin embargo, la certeza de que en ello hicimos profesión de fe.

Claro, que en una cosa de esa categoría está permitido a todo el mundo poner sus debilidades. Pero el caso es que yo las padezco bochornosas y no sé separarlas. Me callo por eso, porque sé que al que le abra la puerta de ese desván de representaciones mías ha de asombrarle mi incapacidad de selección.

¡Daoíz y Velarde!... ¿Qué puede quedarme aún de lo que me hirió de aquel modo en mi primer paseo a la Moncloa? ¿Qué es eso mío que personifiqué en ellos? ¿En cuál? En los dos. En el que coge la mano y en el que la tiene cogida. Ni su plástica, ni su mímica, ni su juramento de morir por la patria. Aseguraría que nada de esto fue lo que me impresionó, porque hoy lo compruebo latente. Siguen jurándose lo que se juraron en mí aquella vez.

Ahora ya todo esto quedará en mi recuerdo atado por asociaciones de rara cronología. Al tocar con esta vuelta que doy por Francia, sacaré siempre el recuerdo de mis doce años. Y todas las cosas sufren algo de esto. El impresionismo tuvo también su momento de evocar las catedrales góticas, de acariciarlas, de remozarlas con sus recuerdos, llenándolas de juventud, vistiéndolas de hijas de María, con los velos azules que el impresionismo puso en todo.

Para remate tenía que ser en marzo cuando yo viniese a París. Todo invierno de París será para mí siempre del 1900. Yo concebí París en las ilustraciones de aquel año que vi tiempo después. París, como el siglo XX, me parecía algo acabado de hacer, algo que apenas tenía dos años cuando yo ya tenía cuatro o cinco. Y en todas las imágenes que conservo había esa alegría del buen día de invierno, lleno de primavera. Por esto debe ser por lo que más siento que París se ha realizado para mí. Porque he sorprendido a la torre en ese momento de alegrarse con el primer sol, creyéndose que va a echar hojas.

Esta semana, en cambio, ¡qué retroceso en el invierno, qué desfallecimiento del año! Son como dudas, como pruebas estas alternativas de marzo, en las que parece que hace años mínimos para ver cómo le salen. Años que duran unos pocos días, a veces uno solo. Pero sus otoños tienen un descorazonamiento que prevalece de toda experiencia. Es inútil saber que viene abril dentro de poco; el cariz del momento es otoñal, y nos apagamos con él. Lo que más alteran estos cambios de tiempo es la sensación de las distancias. Un viaje de cinco o seis horas se hace inmenso.

Nos sentimos antípodas de aquel hemisferio luminoso que acabamos de dejar.

Ayer, en Dieppe, pude haber elegido la vuelta a la primavera, como Anatolio. Pero me complacía apurar el día invernal cerrado, hundirme en él, dejar toda esperanza en el depósito de equipajes. Me decidió más que nada el acento del mozo comentando la inutilidad del paraguas al verme sacarlo. Me convenció de que era mejor no defenderse de aquella lluvia que parecía disponerse a reblandecernos en un invierno próximo, interminable. Y se lo transmití a Anatolio; le abrumé con la sensación. Por eso ha huido, porque mi humor de ayer tenía esa pesadez insoportable de cuando temo que se aburran en mi compañía. Y después lo comprendo: es mejor callarse. Dos personas pueden pasar muy bien un día en silencio sin que les pese el tiempo. ¡Pero con esa charla inagotable y agotadora!... Se recuerdan sus periodos, se miden, se espera su decrecer como el de la lluvia. Hasta sus goterones -su exclamación, su interjección- rebotan en la cúpula del cráneo, tensa como la del paraguas, apanderada, sensibilizada, de tanto caer en ella; erizada de esas estrellitas que producen las gotas en las piedras. Estrellitas de cristal que transpasen los ojos, y estrellitas de sonido las palabras; y, más aún, ¡las fichas del dominó en las blancas losas de las mesas! ¡En el café fue el concertante! ¡Haber caído allí y resistir los clic clac, los zig zag, los run run! Fuimos a buscarlos. En momentos así se va siempre a parar al café, y en ese café ramploncete, grande en la ciudad pequeña, se encuentra siempre cerca el dominó como un conocido estúpido e inevitable. Un morenazo vacuo, de risa mellada -fichas boca arriba y fichas boca abajo-, estrepitoso, que nos produce una borrachera traumática, que nos aplasta con sus palmadas en la mesa, que nos atonta con su tecleo. Teclado en libertad. El dormido es un juego para músicos.

Es necesario un amigo de esos que le aguantan a uno aunque no les haga caso, aunque esté inaguantable. Anatolio, yo presentía que no me aguantaría mucho tiempo. Estoy en una fase que no debe resultar agradable mi compañía. Yo mismo le he hecho fuerza para que se fuese; le he empujado hacia la Bretaña pintoresca y me he cogido solo mi trenecito de Treport[1] Hacía el invierno. Tengo ilusión por Treport. Estoy seguro de que trabajaré allí. Está aislado. Pero mejor. Tengo ya demasiadas sensaciones. Claro que no es lo que me conviene. Estoy queriendo salir de este plan y no acabo de conseguirlo. Ya me dispongo otra vez a estar solo; no sé cultivar una amistad. ¡Cuando ese chico era el compañero ideal! ¡Tan dispuesto, tan bien informado! Lo que me ha sucedido es que he tenido el temor de explotarle. ¿El escrúpulo? No; ahora, en frío, le explotaría, le adoptaría como compañero permanente, y me sería útil tanto para buscar un buen hotel y no dejarme engañar en las tarifas de los taxis, como para conocer gentes e ideas de última hora. Pero si eso estuviese permitido, si pudiera uno ponerse de acuerdo, yo le hubiera dicho: «Aparte de que es usted muy inteligente; aparte de que estimo su trato, su cultura, su orientación -a mí ahora estas cosas no me interesan-, aparte de todo, me hace falta que esté conmigo.» Eso es lo que le hubiese dicho, y hubiéramos podido seguir. Pero eso de que el chico notase que le dejaba como para luego no podía ser. Y no sé si en mis cartas se notará también algo parecido, porque, ¡podría ser su repercusión lo que yo encuentro en las de ellos! Siento a veces que siguen alejándose, apagándose, y me parece que es eso de estar ellos al sol y yo a la sombra lo que nos incomunica. Siempre temo que mis cartas les resulten grises, vistas con aquella luz radiante, y que sean ellos los que intentan entonarse. Pero «la realidad no es ésa», como Alfonso diría; es la frase que más le gusta. Y la realidad también es lo que más le gusta. Su realidad, una que él produce, de la que debe haber sacado patente. Por eso intenta convencer a todo el mundo de que es artículo de primera necesidad. Querría que todos hiciésemos gasto de esa realidad suya, y a los que no picamos nos dice que estamos fuera de la realidad. La concibe como una capa atmosférica. Cuando «en

---

[1] Ciudad de la costa de Normandía, en Francia. Según Chacel, su visita a Le Treport entre 1924-1925, con Timoteo Pérez Rubio, fue la fuente de inspiración de Es*tación. Ida y vuelta.*

realidad» no es más que un produeto especial de su laboratorio. Empapa de él todas las cosas, las caza, las despluma y las presenta enseguida en esa salsa espesa de su realidad.

Empiezo a temer que será esto lo que ha hecho con mis cartas, ahora que no estoy yo allí para defender mi realidad, para ser lo real de mi realidad, para que los demás encuentren en mí el hueso, el centro sólido que las gentes necesitan encontrar en las realidades. ¡Qué garantía estará él prestándole a la suya!

Y a lo mejor, creyendo que me ayuda, que se quedó allí para rematar, para perfeccionar todo, para encargarse del ajuste, del montaje, del «ya está». Sabiendo, como sabía, que yo había hecho allí lo que había querido, tiene derecho a suponer que me fui porque no encontraba solución. Y eso es lo que le encanta. Que le den materiales con que lucir su disposición extraordinaria, porque sólo en un medio así resulta él extraordinario, y daría media vida por serlo. Es otra de sus frases: «No me las doy de extraordinario». Pero ¡cómo se sitúa! Olfatea el desorden; allí donde el ambiente cargado empieza a hacerse crónico, pulveriza su aplomo refrescante para producir esos «¡Oh, qué bien!», «¡qué agradable!, que producen siempre los contrastes.

Esto es lo que noto; parece que al salir yo de allí se han acomodado y se han dispuesto a tratarme en ausente. En ausente perpetuo de la realidad. Alfonso me escribe con fruición, como si me tuviese indefenso, incapaz de despistarle con mis interpretaciones. Y Julia también parece obedecer a lo mismo. No descuidan el escribirme. Pero sus cartas son más bien partes: me informan de todo, como si padeciesen ahora fases, estados inapelables, en los que no cupiese hacer más que notificármelos.

¿Será posible que hasta mi casa haya sufrido su influencia? ¿Quedará también nuestro piso sumergido en la zona de su inundación? No me cabe duda. También de entre nosotros falto yo. También las cartas de ella son de ella sola.

¡Que se lo lleve todo; que lo termine todo, si puede ser! Eso es lo que yo necesito: saber si puede ser, porque no pienso disputarle nada.

Esto es un desahogo estúpido. Yo no quiero que se lleve nada. Pero saber si podría ser, si todo lo mío, toda mi realidad, podría disolverse en la suya, si podría zambullirme en su razón cristalina, y deshacerme, destilarme, clarificarme hasta desposeerme de todo color, de todo olor, de todo sabor personales, ¡cómo he experimentado esto otras veces ante los juicios que acostumbra hacer de mí! Me he sentido asistiendo a mi propia evaporación. Le he visto enseñarme triunfalmente el frasco, y he tenido que acabar diciendo: «¡Pues es verdad, ya no estoy!» Claro que siempre volvía a encontrarme. Ahora es cuando temo que sea la definitiva. Lo temo, no lo puedo negar. Pero ¡qué impaciencia tengo por comprobarlo!

¡Esta sensación!... Es la de estar durmiéndose y querer darse cuenta de cuándo se pasa la línea del estar desierto el vértice de la rampa que se va subiendo tan ligeramente, montado en las ideas, tan ágiles, tan expresivas; pero que con tanta facilidad le dejan a uno caer del lado de acá, del lado duro, como intente averiguar su mecanismo. Lo peor es que si se llega a subir con ellas hasta el borde y a rodar por el otro lado, allí empieza lo interesante y lo incomprensible. Porque generalmente se cree que para el fracaso ha de ser como un brusco despertar su fracaso, por lo que la palabra tiene de estrepitoso. Pero a mí lo que verdaderamente me espanta es resbalar en la pendiente sorda, en la rampa enguantada de lo inconsciente, y seguir por allí tratando con mis fantasmas, y que los otros, los marrajos, se estén sin hacer ruido para no despertarme.

Es algo parecido a la envidia este sentimiento. Claro que no es envidia de su realidad. No puede serlo. La mía es la que yo necesito, ¿imponer? ¿Por qué, si no dudo de ella? ¿Por qué no puedo menos de desear las corroboraciones? Estando como estoy compenetrado con mi realidad, ¿por qué no puedo menos de querer comprobar la dureza de mis fantasmas?

Incurro en el realismo de todos, y de Alfonso sobre todo. Con la agravante de un egoísmo implacable porque repugnándome tanto la idea de sumergirme yo en su realidad, no puedo menos de querer difundir en todos la mía.

¡Pero es que la mía!... Aunque no sepa cuál es; aunque no pueda decir casi nunca nada de ella, sé que hay tal diferencia, tal distancia... Precisamente en lo de la distancia está la

diferencia; porque no hay la misma de acá para allá que de allá para acá. La infranqueable es sólo para los realistas, para los que argumentan que entre dos cuerpos no hay distancia cuando al pasar se tocan, ¡aunque al tocarse hayan sonado a leguas! Pero en este momento en que la distancia solicita al hombre de tal modo, ¿quién puede limitar su radio a lo escuchable, en vez de dejarle distenderse, ¡aunque se disipe!, en lo perceptible?

Es vulgo, en el peor sentido de la palabra, todo el que experimenta ese prurito de extensión y busca puntos de referencia, y abandona sus orejas al diletantismo de la distancia, y se cree haber adquirido la potencia de saber los rumores del otro lado del mundo. ¡Mientras las ondas de lo perceptible se rizan sobre todo, lo cruzan, lo traspasan todo y sólo rebotan en él! Y es que esas ondas abarcan distancias que no caben en su realidad. En su realidad cabe la distancia que hay de aquí a Chicago. Pero no la que hay de un momento a otro, ni la que hay de la realidad a la irrealidad.

¡Esa es la que a mí me obsesiona!

¿Por qué no podré yo saber si es que «en realidad» me he fugado? Habrá sido preciso que no lo sepa para que lo haya hecho. Pero, en cambio, sabiéndolo, hubiera tomado mis medidas. Ellos deben saberlo; seguramente no se imaginan mi duda. Podrán suponer que no estoy muy seguro de lo que voy a hacer. Pero no saben que lo que a mí me preocupa es la significación de lo que he hecho.

¿Cómo hablarán de mí? En casa es posible que ni hablen. Pero entre los otros será el juzgarme, el analizar mis actos y mis porqués, que acaso sólo Julia comprende.

Sería magnífico que yo mañana cogiese el tren y me presentase allí. Que llegase al día siguiente de mi solicitud de prórroga del permiso, a coger mi destinito por los pelos. Ahora que están viendo que se me va a escapar. ¡Si me lo hubiesen preguntado con claridad, ellos que lo presentían! Pero Alfonso, ¿cómo iba a aventurar una pregunta ingenua? Tenía que hacerme ver su penetración en la indirecta, en el «a mí no me la das». Él mismo no sabe el alcance de su última carta. «Yo ya sé que lo que te propones es jugarte el destino.» Pero yo sí que sé lo que se deduce de su perspicacia. Me cree fríamente desertor del Destino. Más que jugármele, lo que cree es que juego con él al escondite, y que ahora estoy en el momento feliz de haberle dado esquinazo.

Lo gracioso sería que ahora me viesen llegar persiguiéndole. Pero tengo mucho que hacer para andarme con bromas.

Que crean que estoy emboscado, defraudando a un pobre destino que me esperará inútilmente. No pueden suponer que mi Destino y yo vamos de mutuo acuerdo por estas tierrecitas. Solos, sin saber casi lo que nos ha traído aquí, obedeciendo más a seducciones, a insinuaciones de las cosas que a los buenos consejos de los buenos amigos. ¡Cómo nos tira ese cartel de las estaciones! ¿Se me habrá ocurrido por eso? A lo mejor sí. No recuerdo dónde lo vi primero. Pero siento que expresa algo que nos satisface mucho a mi Destino y a mí. Aunque no es ésta la línea, cada vez que leo "*Visitez Calais clef de la France*»[2] me da ganas de decir: "¡Vamos bien, vamos bien!» Pero es posible que me parezca tan bien nada más que porque siento que voy en su compañía. El otro, el destinejo, cuando lo acepté ya me reía de darle este nombre tan profundo. Saber que iba a dejarlo así, a los tres meses, no lo sabía. Yo suponía otra cosa cualquiera, imaginaba excursiones ideales que satisfaciesen mi deseo de ilimitación. Pero esto de dejarle... Claro que la cuestión es saber si me deja él a mí; porque aunque quede allí el Ministerio, su forma temporal, ¿quién me asegura que no es Destinejo el que viene conmigo? La amarra de aquel momento de pobreza, de abandono, ¿se habrá roto, o estará agotando su elasticidad y cuando menos lo espere, ¡zas!, tirará de mí y volveré a caer en el punto de partida?

---

[2] Traducción al español: «Visiten Calais, la llave de Francia». Es la entrada a Francia más cercana a Inglaterra.

¡Cómo se presta hoy el día para este juego con sus llantitos histéricos y sus solecitos entre lágrimas! Podría hacer cincuenta esquemas de mi vida. Proyectos, *maquettes* para las rinconeras, para pisapapeles. Sin pesimismo, sin optimismo, sin dramatismo; nada más con la estupidez de las reducciones. No sé si este exceso de ensayo, esta manía de ejercitar la conciencia en conjuntos que caben en la palma de la mano hará que la realización sea una cosa fría, y hasta, lo que sería peor, sistemática, monótona, por amaneramiento en las soluciones.

Tiene ahora para mí mi propia vida el problema complejo que tenían las casas de cartón cuando yo hacía el pequeño arquitecto. Por un lado, su construcción, la delectación de su forma; por otro, su hueco, el sacar de mí la suficiente vida para poblarlo. No sé en qué había más arrobamiento, si en la contemplación de su perspectiva, de los accidentes de su fachada, o en la de aquellos tabiques irreales que componían la interioridad de su organismo, lleno en todos sus rincones de un alma que era la mía.

Hay que resolverlo, hay que enfocar el total y ser capaz de llevarlo a cabo: de ¡realizarlo!, lograr una construcción sólida con todas las reglas del arte, donde puedan encerrarse las reglas íntimas, las normas informulables.

La cuestión es ésa: compaginar, armonizar, logrando la máxima tensión de actividad intelectual.

Treport, un clima frío, y tiempo, falta de distracción. Pasear, caminar por la costa hasta hacer entrar en reacción al cerebro. Caminar sin puntos ni comas, hasta que se termine la costa de Francia. Claro que antes que se termine está la tentación: el salto de Calais. ¡El salto, claro, el paso es para los que van por el agua!

Nada de imposibilidad; no es más que cuestión de esfuerzo, de resistencia. ¿No hay quien lo cruza a nado? Esa es la solución del problema. Mejor dicho; no es ésa, pero está allí; no hay más que ir y encontrarla. *«Visitez Caíais clef de la France.»*

III

Basta abrir este cajón de mi mesa para darse cuenta de una de mis flaquezas.

Todos los aprensivos creemos en esta varita mágica, sentimos que el termómetro es la sanguijuela que chupa la fiebre, y que al llenar su tubo digestivo se lleva el exceso que podría matarnos.

La fiebre, ardiente y fría, debe rodar por dentro de uno con la inquietud de esas bolitas que saltan al romper la tripilla de un termómetro. Era forzoso que tuviese alguna relación con ese metal que contagia su temblor hasta el delirio del baile de San Vito.

Nunca había sentido una fiebre que cuajase en algo tan sólido como ésta. Otras veces me había dado cuenta de que sus imágenes se desprendían de mí, de que eran centrífugas. Pero en éstas se quedaban a dos pasos, como una realidad independiente; me cercaban, me rodeaban, y yo chocaba con ellas. ¡Eran de una dureza! Mi pesadilla me parecía estar dibujándola en un encerado de madera muy seco, muy empolvado. Tocando su aspereza, rechinando el yeso, borrando con el trapo seco igualmente, que me llenaba la garganta y los ojos del polvillo. Con una sed horrible, ¡hasta en las manos!, de algo húmedo que se llevase todo aquello y dejase la superficie tersa.

¡Cuánto tiempo había estado acumulando materiales para aquella pesadilla! Tenía ideas, impresiones indigestas de varios meses, cosas que había ido almacenando, porque mi estado las necesitaba para desahogarme en aquella crisis. Las había buscado últimamente, cuando aún no podía comprender que me eran necesarias. Pero, inconscientemente, me había hartado de ellas hasta el ridículo, como el día del atropello. Engañándome con el pretexto literario. Diciéndome: «Es curioso, ¿por qué no he de observarlo?» Pero metiéndome, cayendo en ello hasta la emoción imborrable. Claro que la de aquel día no fue más que un presentimiento de la otra. Tuvo todo el carácter de lo pasajero; una impresión fuerte, que se desecha por extemporánea, por no poder comprender a qué venía aquello. Hasta por sentido económico del caudal emotivo. Esto en apariencia, para tranquilizar a aquel consciente que era yo entonces. Pero, en realidad, por saber que no tenía recursos para gastar, para despilfarrar, como tuve después. Hasta después mismo lo reservé para el momento álgido. Primero estuve deleitándome con los treinta y siete grados, con los treinta y siete y medio, con los treinta y ocho. La fiebre en su principio es una llamita de alcohol que limpia y da esplendor a los utensilios del pensamiento. Se empieza a desarrollar actividad, a preparar cosas para lo que viene después; y con los treinta y nueve empieza el desbarajuste.

¿Dónde lo tendría guardado, que lo saqué con aquella brillantez? ¡Brillantez!... No, era áspero, no tenía ni un punto pulido por la luz, sino un claroscuro violento. Lo blanco era lo que yo ponía. Mi creación se desmoronaba, apretándose contra lo negro impenetrable.

Me lo fui reconstruyendo detalle por detalle. Con insistencia, con intransigencia. Lo hacía, lo borraba. No; así no; más bien así. Primero, cuando aparecieron ellos antes de que yo los viese. Aparecieron, ¿para quién? Esto sólo se puede concebir en el sueño. Estaban, iban, uno detrás de otro, tan perdidos, tan olvidados el uno del otro y de mí, que no los veía. Pero que los vi cuando ya no estaban así. Después, al reconstruirlo, fue en lo que más exigí, en lo que toda fidelidad me parecía poca. Uno detrás de otro contemplarlos así, sin nada, ni mi mirada siquiera, que les turbase, les tocase. Contemplarlos así era lo que yo quería conseguir, y lo que conseguí. Después, lo entrevisto, lo visto casi. El auto negro rozando al pasar a la mujercita. ¡Claro! El auto era negro. Yo, en mi pesadilla, no dibujaba el auto; era del tablero, del espacio; era lo negro, tan negro, que llegaba a ser agujero donde ella pudo haber caído. ¡La mujercita, tambaleándose, saltando a la acera con sus tacones, con la señal del salvabarros en el abrigo de seda! Y él entonces, cayendo en la cuenta, volviendo tan rápidamente, ¡y de tan lejos, y con tal temor! Desencajado por el espanto que había sufrido en el trayecto de la media vuelta.

Esto lo reconstruí cien veces, y ahora mismo lo encuentro inagotable. Cómo él la oyó gritar y se percató de todo, y cómo se replegó, cómo huyó adentro de sí mismo por no ver. Pero al mismo tiempo, cómo acudió inmediatamente, incapaz aún de reaccionar ante la evidencia de que no había ocurrido nada, aferrado a la necesidad de lamentar el momento tremendo que había ya pasado. Y cómo la miró, la tocó, la inspeccionó y se la llevó cogida por el brazo. Apretándola, mirándola con toda la cara, una cara pálida. Tragándose sus energías, concentrándose, disponiéndose a la defensa.

¿Fue en la reconstrucción sólo o fue en la tarde del hecho? ¡Cómo lo he perdido! Pero no pudo ser en la realidad. ¿Cómo iba yo a haber ido detrás de aquel modo? Y, sin embargo, ¿por qué me vi después? Me veía, no sé desde dónde, ir detrás de ellos, conversando con ellos. Más bien apropiándose, su conversación no, porque no hablaban. Su emoción. Dejaban una huella en la temperatura en la que yo me deslizaba. Tiraban de mí con su dinamismo recién renovado. Huían casi de mí, y me llevaban. Yo iba arteramente, y me temían porque llevaban algo: su integridad.

Esto no pudo pasar. Yo lo creé de la profunda impresión que me dejó la transmutación de aquel hombre de distraído en alarmado. No pude ir por calles y calles detrás de ellos, ¿llorando?... Ahora me parece recordarlo. Pero indudablemente hubo entre los tres lo suficiente para interpretarlo así. Es posible que *fuese* mi actitud, la atención que les presté, tan extremadamente comprensiva y compasiva, la que una vez pasado el desconcierto les fue antipática. Debí seguirles unos cuantos pasos, y ellos echarme, espantarme con el gesto, porque estaban en un momento de concentración. Todo duraría un par de minutos. Fue después cuando lo prolongué con todas las variantes posibles. Tan pronto les sentía distantes de mí, cerrándose a mi observación, como les penetraba hasta confundir sus sensaciones con las mías. Unas veces experimentaba cierta inferioridad de situación, me sentía invadir por un estado suplicante, pedigüeño. Y otras me llenaba de aquel sentimiento de integridad, de unidad, del que ellos iban rebosando. Esto de la unidad llegué a sentirlo tanto, que la imagen de la mujer acabó por desaparecer. No por irse, sino por confundirse con la de él, como una cosa que se traga, como una idea que se olvida. Entonces, me parece que volví a empezar, que volví a caer en la contemplación de él sólo. Pero no sólo como si le viese a él solo por primera vez, sino suponiéndola dentro. O no; fue más bien que terminé por suponerles a los dos dentro de mí, y por contemplarme como antes a ellos. Igual de solo, igual de olvidado me estuve viendo mucho tiempo. Hasta que inesperadamente me pasó el tranvía por encima. Pero, aunque desperté bruscamente, ahora recuerdo que me quedé un rato pensando en que el atropello mío, aunque me había impresionado, no había tenido casi sensación de verdad. No había habido choque, no me había visto caer al suelo. Había sentido como una ducha, como una cosa ligera que pasó por encima de mí sin aplastarme, sin producirme más que un escalofrío. Y, sobre todo, la sensación era tan conocida, tan experimentada. ¡Indudablemente!, era la de ser atropellado por la sombra del tranvía. Y es que esa es mi especialidad, detenerme a un palmo de él. Más que detenerme, llegar en el momento preciso en que un paso más y no habría reflexión posterior. O habría la más desgarradora. Esa en que la palabra reflexión adquiere sentido de espejismo, de proyección ilusoria en una realidad negra y vacía.

La reflexión del mutilado será, indudablemente, enfocar desde el punto anterior el de la catástrofe. Enfocarle bien y resolverle, evitarle. Detenerse en el momento oportuno o soltarle sin perder nada.

Yo, siempre que he oído decir de alguno que en tal ocasión perdió un brazo, he imaginado al distraído perdiendo su brazo en el camino y siguiendo sin darse cuenta. Porque más triste, más desolador que todos los dolores corporales, es el dolor que nos causa una cosa al traicionarnos, escapándose cuando no nos enteramos. ¡Es un dolor tan profundo!... Pero su profundidad no está en el que lo siente, sino fuera, en algo adonde se asoma -la falta-, tan profundo, que lo que duele es el esfuerzo de buscar y no encontrar.

Parece como si las ideas, al nacer en nuestro pensamiento, iniciasen un circuito que, traspasando la realidad, volviese a traernos el grato sabor de su comprobación. ¡Y cuando ésta

falta! En el mutilado habrá siempre un punto por donde se asomará desesperadamente su ser indivisible. Llevará colgando el alma del brazo, buscando inútilmente la materia conductora.

No hay tristeza más inconsolable. La muerte debe ser algo así. Ir perdiendo terreno en uno mismo, ir reduciéndose a un punto hasta acabar por perderle también. Después, el alma desahuciada, puesta en la calle, se olvidará a sí misma con el absoluto abandono a que puede uno entregarse en los viajes. Irá hacia la vida eterna en el *sleeping* de la esperanza.

Es en el tren donde se experimenta, como en ningún sitio ese no sentirse, por no poder suponer lo que se sentirá al llegar. Claro que hay que haber llegado a mis años sin haber visto más que Madrid y Medina del Campo para sentir la trascendencia del tránsito, para experimentar la sensación de la nada, sólo por saberse llevado hacia un medio incógnito. Sin embargo, siento que aunque llegase a viajar frecuentemente, sufriría de vez en cuando ese anonadamiento. Y hasta es posible que todo el mundo, el turista, el viajante, el empleado del tren, sean víctimas de él algunos ratos, aunque no lleguen a concretarlo. Pero en ellos no sería pura emoción, sino más bien estragamiento. Yo he percibido cuando todo el tren está enfermo de eso. Hay momentos, en el viaje, en los que el tren olvida su rumbo y baila su traca-trá, traca-trá como sobre un ladrillo. Para el viajero que mira el horizonte, el paisaje entonces forma en gran parada, haciendo maniobrar en perspectiva de concha a los batallones de los sembrados. Yo he encontrado siempre en ese abandono un vago encanto, siempre ha sido el paisaje ferroviario una de mis predilecciones. ¡Su color, sobre todo! Ese color que el tren esparce, y que no es el negro del carbón, sino un polvillo plomizo que asimilan los demás colores, adquiriendo densidad, que se ciñe a las formas de las cosas sombreándolas con violenta acentuación. ¡Color del uniforme de las palomas de las estaciones! Las volutas de sus pechugas están redondeadas por ese claroscuro expresivo. ¡Todo es expresión en el tren, en la estación, en la vía; todo es dramatismo! Yo viajaré siempre en esos trenes calmosos, que se entretienen con todo en el camino, para poder ir haciendo gasto de mi afectividad por el ambiente ferroviario. Y veré en las largas paradas pasar a los rápidos, desmelenando con su aire a los sauces que hay en los jardinillos de algunas estaciones. Debe ser en esas en que las lágrimas de una despedida hicieron brotar ese árbol que tiende los brazos a todos los trenes. Y saludaré al guardaagujas, que está siempre de buen humor, y más a la guardaagujas, cuando muletea al tren, con su chico en brazos y la muleta verde; porque la roja es para los grandes casos. Con ella podría lucirse el as de los guardaagujas, si en un momento de peligro le pusiese al exprés la mano, en el testuz y le parase en seco.

Estas ideas del tren son entretenidas, se suceden con facilidad al ir ojeando las ventanillas. Pero, al mismo tiempo, otras de más densidad se van almacenando en el secreto de lo informulado. Y se unen a sus parejas en el orden atacándolas -las secretas a las otras-, anidando en ellas en su pequeñez de infusorios, y alterándoles el color y la temperatura. Por eso, al encontrarlas después, es el querer sacar lo que le suena dentro, sin descubrir en su apariencia exterior el resquicio por donde pudo meterse.

Por lo regular, todo lo que se relaciona con los móviles del viaje, al saberse fatalmente estación de llegada, deja languidecer en el trayecto el interés de su inminencia. Pero es fuente de esas ideas infusas, de esa inquietud que sigue calladamente un cauce subterráneo, dispuesta a precipitarse en la realidad sea como sea.

Decididamente, no puedo atribuir a mi falta de costumbre de cambiar de ambiente el anonadamiento que me produce el viaje; porque cuando me he hundido en él sin más remedio ha sido precisamente al volver a casa. Estaba verdaderamente imposibilitado de suponer nada; me disponía a ser circundado por algo de lo que, por muy cerca que estuviese, temía que me separase siempre un enorme desconocimiento. En ese estado fue en el que llegué, y la vista de Madrid no me hizo reaccionar, porque era una disposición de ánimo la mía que me incapacitaba para encontrar en ningún sitio algo que no fuese ese aspecto de página, de lámina por donde paseaba mi mirada. Pero sin moverme dentro de su atmósfera.

Lo que yo necesitaba era hacer acto de presencia para conmigo mismo. Claro que desde que decidí la vuelta empecé a volver hacia mí. Pero sin la experiencia de los sentidos. Mi vuelta era un deseo latente que reclamaba realización. Pero volver a mí mismo, a aquel yo que

podría recordar, y volver de la mano fría de aquel recuerdo... No, no era esto. Mi anonadamiento, mi acorchamiento, no amenguaba al ir llegando. Y sólo supe que estaba ya cuando me avisó violentamente la emoción sensorial. Entonces fue el recordar lo nunca visto, lo nunca sentido, con su sabor inconfundible. El recordar sin idea de pretérito; el acertar con lo anhelado, como si una súbita inspiración, saliendo de mi centro más neto, me hiriese inesperadamente.

Cuando nos encontramos, estoy seguro de que lo que hizo que se me saltasen las lágrimas no fue el sentimiento, sino la sensación. Al verla titubeé, retardé un poco el abrazarla, absorto en la sorpresa de sentir.

Y es que eso había sido lo inconcebible. Me había atormentado por conseguir suposiciones, sin comprender que lo que me faltaba era el sujeto. Y éste era inútil buscarlo antes de aquel momento. Pero cuando llegó a manifestarse fue el dueño de la situación.

¡Cómo la vi!... Ni para pensarlo cabe un orden. ¡Cómo me vi, visto por ella! ¡Cómo la sentí a ella y a su sentimiento a sentir el mío! Encontrarla fue encontrarme.

De aquel momento he ido haciéndome mi universo. Esta vida nueva, tan llena, lo está sólo de su esencia. Aquello fue la creación, después vino la contemplación, la adoración y el rito, para recordar, para que no se trague nada el impío olvido.

¡Recordar! Ella es el recuerdo vivo. Un recuerdo que al verle no se puede menos de exclamar: ¡Cuánto ha crecido! Cuando ella coge las cosas, estas cosas nuevas que hay ahora en la casa, siempre recuerdo. Así eran estas cosas, que nunca habían sido. Aunque no las he usado, me son familiares, porque las conozco con su tacto. Y de ella misma me percato, me doy cuenta de que la tengo otra vez porque la siento sentir, porque me salta el corazón con su impaciencia.

Lo único que me falta, aquel espacio que perdí. Ahora habrá siempre en mi perspectiva un hueco por donde se verá la sección del cono. Inútil intentar unir las dos partes. La última sólo es ajustable a aquello de que fue continuación. Pero yo lo reconstruyo ciegamente. Creo -de creer y de crear- sus líneas virtuales. Sé que no pudo jamás romperse el puro contorno. Teniendo aquel punto tan firmemente recordado, puedo desde él echar a rodar hacia éste, tangible, mi memoria, que rodará creciendo en curva progresiva, generadora, y cuando haya rodado el justo espacio se adaptará infaliblemente a la medida justa.

Haciéndola andar por ese hilo, por ese eje tan bien centrado en el futuro, es cuando se puede llamarla potencia del alma. Otras veces, en cambio, ¿por qué será su ayuda tan estéril? ¿Por qué no ser capaces, después de un esfuerzo penoso, más que de reconstruir un recuerdo unánime? Y otras, ¿por qué ser víctimas, sin defensa, de esos recuerdos desalmados? Es decir, el desalmado es el que los experimenta; porque acometen sólo en esos días en que se echa uno a la calle, dejándose el alma en la percha. En esa situación, nuestra registradora de recuerdos, al menor contacto suelta su *ticket y* nos obliga a leer la cifra carente de sentido; la cifra que obedeció en otro tiempo a un proceso mental, que tuvo su razón de ser.

¡Las cifras aquellas!... Aquel recuerdo tenía un alma autónoma. Me cogió a traición, cuando yo no podía defenderme con la mía. Me mecanizó.

Las cifras estaban grabadas allí... No, no es eso. Las cifras estaban allí, calladas, insignificantes, como en la calculadora. Era yo el que operaba con ella, el que las valorizaba, combinándolas, relacionándolas con lo demás. ¡Entonces su significado era tan claro! 4, 4, 6, era la que quedaba a la altura de mi cabeza; «Luchana, 17» estaba delante, y debajo, la cuenta de dividir. Cuando me acercaba mucho a la pared veía el brillo del lápiz tinta, y cuando apoyaba la cabeza en el hombro de ella era cuando la división me hacía imaginar, por el otro lado, mi cabeza sobre su hombro como el divisor sobre el signo.

¡Su significado! Entonces yo no sabía que sería aquél, aun a pesar mío. Yo no sabía que iba a independizarse de aquel modo, que iban a llegar a traicionarme, aprendiendo una puerta falsa de mi psique para entrar un día a hacer lo que quisieran.

Cayeron dentro de mí en el momento más abierto, en el momento en que no se reserva nada, en que las sensaciones caen en profundos recintos, raras veces abordables. Cayeron en aquel momento de íntima conmoción, mezcladas a todo, aquellas anotaciones de lápiz morado

en el gris de la pared, a la media luz de la escalera. Y se quedaron guardadas con todo. Cuando todo cambió, seguramente al bajar, en el invierno, las vería alguna vez; pero no combinadas con el momento ni con mi estado de ánimo. Fue precisa una disposición favorable otra vez de todo. Sus gérmenes estaban en sazón, percibiendo desde su encierro la sazón del año.

¡Si las hubiera visto aquel mismo día, bajando solo! Podían haber sido un recuerdo amable; me hubieran retenido en vez de empujarme. ¡Qué fácil suponer ahora cómo pudo haber sido la evocación! Pararme en el descansillo, solo, frente a la pared, como para abrir la estancia olvidada, y repasarlo todo. Entonces se hubiera afirmado lo estático. ¡Hubiera revivido! Pero tenía una pueril urgencia de vivir, ansia de atragantarme de hechos.

Más que repugnancia, lo que experimenté al besarla fue hartura, como si hubiese besado a todas las mujeres de la tierra. Esa satisfacción tan tristemente vana de cuando se aplaude un lugar común o se llora por un tópico. Ese sentir que algo se ha adueñado de uno con su prestigio y no poder desprenderse del encanto, aun sintiéndose desencantado.

Aquella despedida fue una afirmación cínica. Besar a aquella señora era absurdo. Pero ¡de aquel modo! Sujetarla por los brazos. ¡Aquellos brazos! Es lo que no me perdonará nunca. ¡A aquella señora, tratarla así! Querer forzosamente reproducir el abrazo unánime en los dos impulsos con aquella criatura dócil, complaciente, ¡atropellando toda urbanidad! No es esto lo que tengo que lamentar; me abochorna inevitablemente, porque siempre me ha abochornado ofender. El hecho de ser así, el hecho de ser ofensivo, es lo lamentable. Yo entonces no podía aspirar a otro placer. Desganado de emociones puras, necesitaba constataciones de mi voluntad. Claro que entonces esto era un placer puro, una emoción pura. Las cifras de la pared, representantes en la tierra de lo más concentrado de mi universo íntimo, abrieron el secreto, salieron al encuentro de aquella emoción hermana, la llevaron de la mano al recinto sagrado. Lo que entonces no existía -¡quién sabe dónde se incubaba!- era esta realidad de mi cinismo.

Acaso esto mismo es cínico, este interpretar, este descargar la conciencia en la creación. Pero no, este interpretar es lo único puro. La más áspera, la más intransigente disciplina mental, ahondar en la investigación con apasionada templanza, hasta encontrar la interpretación de más luminosa complejidad.

Me es preciso sentirlo así para seguir viviendo. O no creer más que en mi brutalidad ciega, o dominar las mil facetas, las cien mil sorpresas de lo fatal. Sólo en esto hay satisfacción profunda, ¡dominar su matemática! El futuro, así, adquiere un interés de apetecible, de sustanciosa trascendencia, y se puede seguir rumiando el inagotable retoñecer del pasado. La cuestión es ir alerta en la corriente, ver pasar las mil vertientes por donde creemos ir a derivar, y ser capaz de enfocarlas de pasada, de sentir su orientación, sorprender el quid de sus normas para después, cuando ya estemos lejos de resbalar por ellas, reconstruirlas.

Una raicilla que apuntando en mí mismo divergió de mi centro afectivo bastará para animar mi creación literaria. Indudablemente, un temperamento como el mío, poliformo como un vegetal, indefinidamente ramificable, será útil para la tarea literaria, si no olvida en qué cuello conserva la cabeza.

Puedo plantar una de tantas ramas, mi protagonista puede ser mi consonante o mi contrario. Me avergüenza crearle muy cerca de mí, prefiero hacerle de mis viceversas. Mi protagonista no tendrá mi cuarto, mi ventana ni mi mesa. De esto no hay por qué hablar a nadie. Tendrá, al contrario, una casa con puerta a la calle. Una pequeña industria, puede ser una imprenta. Eso es, de una imprenta, con su puerta vidriera y su escaparate, puede salir todos los días un hombre anacrónico, un hombre que tendrá esa hosca virilidad del que sería capaz de dejarse barbas. Porque el que se las deja no pasa de ser un anticuado. El anacrónico es el que sabe sugerirlas. Mi protagonista sentirá sus barbas sobre su pecho, representadas por su corbata. Corbata negra, grande, achalinada. Será de esos hombres que pueden tener una permanente manifestación de «su yo». Fluctuará «mi yo» movedizo alrededor del suyo firme. Pero llegaré a precisar, respecto a él, mi debida situación y distancia. Encerraré su yo y el mío en respectivas copas cristalinas, desde donde se vean sin mezclarse. Y saltaré de una a otra,

colectando lo más escogido del yo y del él, sin confundirlos nunca. El yo está en entredicho. Pero es falso pudor suplantar el pronombre por el nombre. Que alguien haya dicho de sí mismo: «El pobre Jean Jacques», repugna. Es pordiosear la compasión ajena, aviniéndose a ser Jean Jacques; es decir, lo que esto representa para los otros, y cambiarlo por la riqueza, por la intensidad sugeridora del nombre que nadie puede darnos.

Yo vivía en aquel puerto y tendría mil nombres. El que figuraba en el libro del hotel, el que me habría puesto la chica del bar a fuerza de verme. Todos me veían pasar, y sabían dónde estaba *él;* aquel que ellos nombraban andaba por el muelle. Pero yo... Yo entonces iba fatigosamente detrás de mí mismo; iba queriendo alcanzarme, llamándome, no *tú* sino *yo.* Yo estaba perdido y me buscaba como se buscan para encender en un cuarto oscuro los dos hilos de un cable. Aquella penumbra se aclaraba momentáneamente en la conjunción de mi conciencia vacilante y mi *yo.* Yo paseaba por el espigón y dejaba de pasear ratos enormes. Me estaba quieto al borde como un pescador de caña. Pescaba mi *yo.* Más que pescarlo, lo rebuscaba. Mi yo no era entonces un pez ligero que nadase en agua limpia, yo lo buscaba en la baja marea, cuando todo el terreno era de los cangrejos. Revolvía los restos renegridos. Mi mirada se pasmaba en el deslabazamiento de las cosas naufragadas. Y algo encontré; puede que fuera mi primer hallazgo aquella toquilla agujereada, mordida y empapada de barro. Entonces me pareció que su tragedia estaba en que era como una red rota; una red hambrienta que ya nunca volvería a llenar su bolsa. Pero no era esto; la toquilla estaba en el fondo del puerto sucio y frío; su tragedia era que no volvería a enrollarse al calorcillo de un cuello. No sé qué habría en ella mío; una prenda tan de vieja hacía absurda toda evocación. Sin embargo, yo sentía haber hundido mi cara en ella, haber respirado por sus agujerillos un olor de deliciosa intimidad. Acaso su azul era el de algún jersey. Indudablemente, los jerseys tienen también mucho de redes cuando corren las chicas que los llevan y les saltan dentro los pechos como recién pescados. Esta idea anterior fue lo que me hizo asociarlo.

No debo pensar en nada de esto. Es fácil, es blanco este recordar con complacencia. Si he de revivir mi recuerdo no ha de ser releyendo en mi memoria. Será proyectándole, echándole a rodar con nuevo impulso. Me lo contaré cien veces a mí mismo, y cien veces diferente. Purificado, templado a la interpretación. Estas cosas que tuvieron una realización tan hiriente, aun contadas en el más silencioso soliloquio, hacen temblar la voz interior. Las proyectaré por la rama de mi protagonista hacia su futuro, viéndolas fríamente marchar seguras por la línea de su fatalidad.

Mi protagonista tendrá también sus creaciones, sus interpretaciones en torno a la mujer. Pero sus causas emocionales serán de una sencilla sensualidad objetiva y le acometerán en esa hora fresca de que goza el madrugador. Esperará al despertar, todas las mañanas, con impaciente ternura, el clarear en el cuarto aún oscuro de la jarra blanca dentro de la palangana. La jarra femínea, blanca, panzudita, sentada en el baño redondo.

La jarra blanca;
la mano en el arca.

Este será el motivo; pero no podrá nunca terminar el poema. Se le complicará la imagen con un grabado francés de lema *«Venus au bain»,* que le academizaría más que los consonantes. Desordenadamente, incapaz de sitiarla con su conciencia, se dejará cautivar por la forma halagüeña, pareja de otra que estará a su espalda moldeando la cadera en la colcha blanca. Pero la sentirá más en aquélla. La jarra se llevará todos los días las primeras miradas, antes de que la mujer taconee por el cuarto con sus zapatitos blancos, palomas de Venus.

Plantearé primero su idilio unilateral. En esto ya influye la fatalidad mía. Mis personajes heredarán siempre la enfermedad incurable de mi egoísmo. Por supuesto, ésta será la primera causa que hará fermentar el drama. Pero, más normal, más dentro de la ley constructiva de mis personajes, será hacerlo estallar en la mujer. Sin que por eso deje de colaborar en la causa. Ni víctima ni traidor; se repartirán mitad y mitad de sus respectivos papeles. Ya que toda solución o explosión por parte de una y otro es accidental en el organismo de la pareja.

Querría conseguir con gran plasticidad la brutalidad aparente del egoísmo, que puede tener también un doble fondo de pudor. Eso es, en un pudor desmesurado se emboscan los sentimientos de todo solitario. Por eso la tragedia le coge siempre por detrás, cuando está mirando a su rincón. Esa es la terrible quiebra de la creación independiente. No hay nada que turbe la armonía de su intimidad, es delicioso extraviarse en ella. Pero ¿y los otros? Pueden, mientras tanto, estar creando la suya, que luego chocará con la nuestra, haciendo estallar nuestra codicia. Y, sobre todo, el caudal correrá incesante. Pobre, sin juego, nuestra creación se morirá al alejarse de su cauce.

Al recibir, en Treport, el telegrama, lo leí y me lo guardé en el bolsillo. Tres palabras, tres gotas de caudal de lo sensible regaron, humedecieron un poco mi imaginación. Las administré como buen hortelano. Había adquirido sentido del ahorro ejercitándome en el estilo telegráfico: «Enviad cheque.» «Espero cheque.» «Recibí cheque.» Las hojitas de los telegramas caían en manos de las telegrafistas, que transmitían toda llamada, tac-tac... tac-tac, y toda respuesta. Y cuando llegaban los despachos de espera por París, tac..., tac..., tac..., tac..., otra vez del otro lado. Nada más. Y el otro, que se deslizó en medio, cayó en mi bolsillo como un cheque más. «Niño con felicidad.» Me guardé aquella otra abstracción de mis propiedades, sabiéndolas cobrables fácil e infaliblemente. Pero, como siempre aquel olvido en mi chaleco fue el que llegó a teñirlo todo. La oficina fría, oliendo a desinfectante, cuando yo iba por las mañanas, tomó aquel aspecto de clínica, porque a aquella hora llevaban las mujeres sus ahorros a la Caja Postal, y siempre iban con niños. Mientras esperaba, yo soñaba cosas complicadas con todo aquello. Las telegrafistas se tamizaban por la red metálica de la mampara con un encanto que no conservaban fuera de allí. Y sus guardapolvos claros eran tan de practicantes, que hacían llorar a los niños de la sala de espera. Yo las veía de un momento a otro coger a uno sobre las rodillas, ponerle el culito al aire y, mediante un metódico tac-tac... tac-tac, hacerle expulsar diez metros de solitaria.

Mi vida se perdía aquellos días en aquel divagar, sin que yo la sintiese ni siquiera discurrir por él. Hubo veces que percibí su parálisis. Al terminar el día intenté reconstruirle, y no encontré más que alguna hora en el bar o en el puerto. Lo demás no sentía que hubiera sido. Y lo buscaba sin gran dolor de no encontrarlo. Entonces no necesita nada. La felicidad me había enviado su pagaré y yo iba invirtiendo la suma. Tenía un niño; esto entraba hacía tiempo en mis planes. Porque tenía planes, ¡eso sí! Tenía planes. Y la ratificación, en vez de instarme a la experiencia, se limitó a invadirme con aquella influencia indirecta. Sólo cuando llegué a casa y me vi delante del chico me sentí verdaderamente ¡hijo! Porque la vergüenza de mi responsabilidad no me abrumaba por ver en peligro mi engendro. El chico es fuerte e independiente de mí. Sino porque me la tiene guardada. Me mira indiferente, hace pompas de salivilla y medita. Madura su juicio; que es lo que temo, y que alguna vez ha de salir.

Esto es otro punto importante y de gran partido. El solitario tiene siempre su creación expuesta a chocar con la realidad o a palidecer ante ella de invencible envidia, y tiene además que sufrir el juicio de los que han velado mientras él soñaba. Esto, por supuesto, sin el menor carácter de cargo de conciencia. Con ese otro de conmoción de perturbación psicológica, simplemente de poder o no poder sufrirlo.

A este resultado será la mujer la que llegue. Es decir, llegarán a un tiempo, porque habrán venido colaborando con la misma inconsciencia. Sus dos pudores les habrán ido distanciando, amurallando. Parejos sus caracteres, parejos sus procesos. Pero con la divertida y aparente incompatibilidad de los ritmos alternos.

Él se irá a la calle, la dejará. Pero se irá con ella. Ella se quedará, se quedará con él. Pero le dejará. La mujer se quedará en algo más pequeño que la casa, en algo que sea más urna, más caja donde quede guardada. Se quedará en el *comptoir,* enmarcada en su ventanilla, donde todo el que llegue irá a hacerla reverencia. Se encontrará tan segura que no temerá nada de su acción. Pero al llegar, cuando él llegue, más con ella... No, la escena tiene que haber empezado antes, cuando llegue el asiduo, o más bien antes aún. Ella, desde dentro de su casetita, habrá concebido cómo es ella desde fuera. Igual que el mecánico siente como suyo el volumen de su coche, así sentirá la compenetración de su imagen con su marco, y sabrá muy

bien por dónde puede meterse, a lo que puede arriesgarse. Entonces llegará el asiduo, campo donde ella hace excursiones y peligrosos virales. Su coqueteo será trivial gimnasia del ingenio, ajedrez de palabras, que jugarán acodados en la tablilla. Pero en medio habrá un mal espíritu, incitante. El lápiz, colgante de la espiral de acero, se escapará de la mano de ella, y será péndulo entre los dos, indicador del movimiento con que puede acortarse la distancia. El lápiz bailará, colgando de su tallo flexible; les hará señas, apuntando primero al uno y luego al otro. Y, siguiendo dócilmente su vaivén, las manos concurrirán en la goma donde se echan las monedas. La de ella, sobre la peseta; la de él, sobre la de ella. Entonces será el momento de abrir la puerta y, sin detenerse en asombros, darle la rápida y enérgica bofetada.

Difícilmente construiré con realismo este trance. No teniendo ninguna trascendencia el tercer personaje, debiendo carecer por completo de personalidad, no crearé la tremenda situación de un hombre frente a otro. Buscaré un punto de apoyo en algo real que me permita conservar para mi protagonista su privilegio de solitario. Suyas acción y reacción, esta será libre y directamente refleja de la otra, sin la menor influencia ni consideración de un tercero.

Le dará la bofetada, más bien puñetazo, que le hará chocar las mandíbulas. No habrá ese chasquido que causa la efusión del sonrojo. Sonará a perro, como cuando se le da a uno un puntapié en el hocico, que le hace sonar a hueco las quijadas. Se irá cobarde y marrajamente convencido, y ellos quedarán con la vergonzosa repugnancia que provoca el dolor físico ajeno, y solos, enfrentados con su reflexión.

La reflexión es algo tremendo para los temperamentos poco flexibles. Porque el que es dúctil tantea, se inclina aquí y allá, antes de tomar una dirección. Pero lo que yo quisiera conseguir es la violenta conmoción de un temperamento duro al ser bruscamente doblado sobre sí mismo, al ser quebrado el ímpetu de su proyección incontinuable. La reflexión es algo que, nada más tocar la superficie de las cosas, está ya de vuelta. En cambio, en el prismático, la imagen se adentra, dobla su ángulo y llega al ojo reforzada, repulida, ampliada. En el espacio que pierde abandonando la recta se avalora su claridad. Así, para la perfecta visión de ciertos temperamentos es preciso que la idea les penetre, deshaciéndose en ellos en mil refracciones que manden a todos los puntos límpidos haces de su imagen. La desventaja es que, a pesar del veloz pensamiento, puede ser lenta, puede perder el tiempo en doblar esquinas, y dar su luminosa refracción -reacción al fin- cuando ya la acción se haya dispersado. Para éstos, toda reflexión es inútil.

El desconcierto de mis protagonistas ante la reflexión de sus actos buscará escapes. No podrá quedar desde aquel punto marcado el pliegue de su nueva dirección; antes al contrario, se rebelarán a la presión, buscarán en vano su vieja línea, que habrá sido quebrada por el choque.

He de prodigar mi esmero en este valor imperceptible de mi obra. Daré a mis protagonistas la máxima independencia, cuidaré lo más posible de no teñir con el mío sus caracteres. Sólo en esto he de permitirme la complacencia personal. El mío por aquí, el suyo por allí. Pero equilibrando siempre la secreta simetría de sus nexos.

Mi reflexión dobló su vértice en el momento que salí de Madrid. En mí estaban los tres personajes. Provoqué el conflicto, di la patada y salí huyendo. Y, naturalmente, mi dirección no quedó plegada en aquel punto, sino intentó desesperadamente seguir la línea de mis viejos planes.

¡Mis planes! He aquí la incógnita. ¿Miento, mentí, mentiré? No mentí, puesto que tracé mi línea, y si me resultó inadaptable al plano real, también es verdad que trabajé en compaginar con las articulaciones de mi perspectiva. Se me fue todo el tiempo en esa maniobra. Y no miento, aunque ya no conservo mi recuerdo de su esquema. Tengo la convicción de que tenía planes. Yo no sé qué clase de cargas, de responsabilidades, era lo que quería; lo que sé es que no era zafarme, que no era escabullirme de lo difícil. Tenía planes; ellos fueron los que salvaguardaron mi integridad: ahora es ella la que me ayuda a creer en mis planes. No será preciso mentir, ya que puede sufrir mi juicio en esta fría revisión.

Mis personajes se entregarán a la suya con impaciencia y acaloramiento. ¡Gran acerbo teatral esta escena! La imprenta sola, una escena hueca y simple, donde la mente se encierre y

reconcentre. El cliente, discreto y silencioso entrará, esperará y cautivará la mirada con su acción mínima. Mientras, las voces de ellos, refugiados en la trastienda, irán ilustrando la soledad. Las voces, más que las palabras. No serán sus razonamientos los que vayan entonando el ánimo con sus pasiones, sino las voces. Con escrupuloso sentido armónico se podrán conseguir los tonos sugerentes, los tonos que, anulando lo arbitrario de las frases, compongan con firme y definitiva exactitud la curva de sus escaleras pasionales. En su diálogo, más bien dúo, no habrá ni aclaración ni persuasión. Cada uno, atento a su parte se esforzará en hacer oír al otro su do de pecho. Ella, de vez en cuando, emitirá una nota concreta, un breve motivo melódico que sintetizará en fórmula pueril el gran conjunto: «¡Tú ni siquiera me miras!» Notitas femeninas, atipladas, que lagrimearán en los silencios. En él, la protesta confusa no echará mano de la razón, desbordará sólo acentos, notas bajas, subterráneas, que serán medida de su profunda conmoción.

Medida y contraste de todo el dúo. En su densidad flotarán las noticias de la mujer con la trivial concreción del que para quejarse dice: «¡Ay, mi dedo!», indicará continuamente el sitio de su dolor. «¡Tú ni siquiera me miras!» Todo su yo lastimado en su imagen. El comprador cortará el diálogo, golpeando el mostrador con una moneda, y quedarán interrumpidos en un momento sin solución. El silencio entonces se hará trascendente, asumirá todas las violencias, todas las explosiones que los acentos iban escalando. Llegará a ser largo, a pasar, a producir inquietud, y tan completo que no se pueda esperar nada de él. Cuando ya la paciencia del comprador -la del espectador- se esté agotando, saldrá mi protagonista con cara de haber resuelto su silencio. Una cara que no aclare nada, capaz de todo. Despachará al cliente, que se irá con naturalidad, y cortaré aquí el acto.

¿Podrá llamársele realmente acto a esto? ¡Qué limitación la del teatro! No poder seguir tras la acción fugitiva, tener que constituirse los actos con pies y cabeza, con postura académica, para ser apreciados desde determinado punto de vista.

¡Imposible! Jamás prescindiré de esas situaciones transitorias en las que la acción va a toda marcha. ¿Cómo conseguir en el teatro la conmoción de nuestro personaje al ser volcado en otro ambiente? Yo no consentiré nunca que mi personaje se escamotee en los intervalos escénicos. Haré que caiga en las cosas y ante el espectador sea sorprendido por ellas.

Esto sólo en el cine: tendré que prescindir del concierto musical y compaginar la armonía plástica.

El cine es el alma en pena de un arte plástico. Es un arte plástico sin plasmar. Plásticos sus valores, sus elementos. Con ellos puede conseguir la infiltración subjetiva, suave y velozmente, disparando a un tiempo cien flechas de sutiles sugerencias.

En el cine conseguiría inmediatamente el reverso de la escena. Pero a partir del silencio su altercado es difícilmente cinematizable. Yo los precipitaría en la pantalla en el momento de ser interrumpidos por el comprador. Les sorprendería refrenando sus gestos descompuestos y dudando entre detener, como cuando se deja con tranquilidad una conversación pendiente, o rematar su situación de golpe. Entonces él la cortaría con decisión, precisamente cuando en ella se estuviese iniciando el descenso hacia la súplica. Una fuerza inerte le obligaría a salir de la trastienda, agravando el caso, obligando a ella a no flojear en la tensión. Y ella, reforzada, enardecida, se iría a la calle, poniéndose el sombrero al salir del portal. Entonces empezaría la situación verdaderamente cinemática. El sujeto portador de su drama lanzado al mundo de los objetos, maltratado por ellos, que le acometerán con su dureza, que le penetrarán con su impenetrabilidad. Mi protagonista, arrebatada por la calle, se aniquilará en ella, dejará desangrarse todo su ánimo en la huida. Porque se sentirá parada, detenida por el golpe importuno, y no percibirá cómo las calles se la van tragando, cómo todo lo ambulante la atropellará con su imagen. Pero el espectador la verá desaparecer, minúscula, entre las formas rotundas y cambiantes. Ya que el sujeto cinemático no ha de tener preponderancia alguna sobre sus circunstancias, será preciso que todo lo que concurra en la pantalla contribuya al proceso deseado. Mi protagonista se perderá entre las formas que invadirán la pantalla desbordando de ella, estallando por su propio tamaño en la nada de la oscuridad. Entre ellas, de trecho en trecho aparecerá la pequeña figura, que apenas visible será borrada por cualquier

imagen que en su discurso objetivo diga lo más que una forma puede decir de sí misma. Cuando ya el dinamismo de las imágenes haya hervido en el desconcierto que puede abrumar a una mujer pequeñita perdida en una ciudad grande, desembocará en la pantalla una calle ancha, asfaltada, por donde correrá suavemente el caudal tranviario. Una calle que no se abalanzará a la pantalla sino se dará a ella como blanda corriente, humedeciendo el ambiente reseco que causó la frotación de las imágenes. Todo en ésta será tiernamente lluvioso. Escurrirá la luz de los primeros focos por el asfalto y pasarán los paraguas con la cabeza mojada. No sé si dar a mi protagonista un par de lágrimas, pendientes de sus pestañas. Toda actriz cinematográfica sabe usar esta joya. Pero yo preferiría ponérselas al objetivo, querría envolver toda la imagen en un velo acuoso de tembloroso brillo turbio para que el espectador viera a través de él como a través de un abstracto enternecimiento. Ya en esa situación, mi protagonista empezará a hacerse más visible, irá adquiriendo el tamaño justo necesario para ser percibida con toda realidad y detalle. Al encontrarla, el espectador reposará en ella. Su desconocimiento terminará al ser guiado en el sentimiento por la fácilmente legible expresión fisonómica. Mi protagonista quedará remansada en un andén, entre otros seis u ocho personajes, junto al poste del tranvía. Al pie quieto, bajo la lluvia, como en una balsa para pasar la calle. Permanecerá allí, mientras los tranvías irán llevándose viajeros. Pero ella no esperará a ninguno; en el andén irá haciendo su travesía. Más que náufraga emigrada, huida de un momento insoportable. Pero emigrada sin pasaje. ¿Adónde irá la balsa? La brisa del bulevar la ceñirá la falda. La balsa no tendrá rumbo. ¿Acaso ella, al partir, pensó en alguna costa? Mirará el horizonte de la calle sin esperanza de puerto. ¿Volver? ¿Cómo remontar la corriente? Mejor abandonarse a ella, dejarse arrastrar por la ola del tranvía, dando el chapuzón en el asfalto cuando esté ya llegando y sea inevitable que ruede sobre ella. Para entonces pensar libremente en el punto de partida, mandarle su despedida apasionada cuando ya nada pueda detenerla. Entonces el tranvía llegará acudiendo ligero a la llamada, y ella se inclinará al borde del andén, a punto de traspasar la baranda del equilibrio. Pero alguien que esperará junto a ella interpondrá su mirada enérgica. ¡No, no! Y ella le pedirá permiso, le suplicará con la suya, le razonará sin convencerle. La prohibición persistirá hasta que el tranvía pare. ¡No, no, no! Y ella, vencida, subirá y se irá en él.

Tampoco en el cine hay espacio para el complejo proceso de mi protagonista. Querría matizar más su posibilidad e imposibilidad de suicidio. Este deseo de ser atropellado, de abandonarse al destrozamiento, es, por lo regular, en todo suicida, un deseo de largueza. Es querer pagar desmedidamente, con algo inútil para el acreedor, por no poder sufrir el aspecto que tomó su egoísmo. Claro: todo egoísta, estimando el suyo, no puede verle tomar cariz de fraude. El bolsista, abismado en su cálculo, si es sorprendido por la bancarrota, tira la casa por la ventana. Es decir, se tira él para demostrar su largueza.

Con trabajo encuentro en rincones casi inaccesibles de mi psique elementos para concebir clara la idea del suicidio. Creo que al querer delinear su curva no podré lograr el definitivo descenso. Creo que mi línea, contrariando a mi esfuerzo, se levantará siempre para mirar su contorno. Porque en mí lo único que se ha dado ha sido el deseo de vivir mi suicidio. Yo hubiera pagado con ello a quienes se han creído defraudados por mí. Pero les hubiera pagado para que siguiesen aportándome. ¿Cómo dejar de desear? Es fácil rematar la filiación de ciertos suicidas con la consabida tara familiar. Pero, ¿y el que padece la imposibilidad de suicidio, el que tiene una ascendencia de nonagenarios, gentes que aprovecharon hasta el último rescoldo del calor vital, incapaces de zambullirse por sí mismos en el baño frío? Esta es mi tara; también la vida puede serlo; puede pasar sobre el ánima, incapacitándola para el mutis elocuente. ¡Poder soltarse, poder quitársela de encima! Para mí, el suicidio sería eso, «quitarme la vida». Quitármela a mí mismo, con forcejo desesperado, y vencerme, anularme, dejarme derrotado y sin ella; sin nada. Porque ha habido muchos para los que ha sido «darse la muerte»; la han buscado y la han tomado, después de meditada elección como medicina específica de su mal. Y otros aún que se han «dado muerte» con sentido ornamental, como un producto cosmético. Yo, en cambio, he sentido el deseo de desprenderme de la vida, apalancando con mi voluntad como cuando se desprende un molusco de una piedra.

Precisamente por haberme visto tan pegado a ella. Y más porque me han visto. ¡Ciertos momentos! Reconstruir la vida sobre ellos, que queden en el cimiento, como escoria apisonada bajo la construcción. No es cuestión de tapar. Ni de explicar: es cuestión de poder soportar.

Reconstruiré mi vida con material nuevo. Antes jamás concreté mis planes. Esto es lo tremendo, habría seguramente quien los concretase, quien creyese verme ocultar en mi incongruencia un vil planecito estratégico. Será preciso depurar el presente. ¿Concretarle? ¿Para qué? Vale más orientarle, probar una y otra vez el camino, nivelando siempre la certera brújula infalible. El quid es ése: no desviarse un miligrado de donde apunte su incitación sutil, no trazar un ángulo erróneo. Para no tener luego que borrar, que destruir violentamente. Porque, además, hay caminos trazados. Todo hombre, ante su fraude, piensa en el caso análogo ya resuelto; se cree obligado a obrar como los hombres de honor, como los temperamentos delicados que no pudieron resistir. Pero ¿y la comprobación de que se pueda? Esta es la última amargura. Comprobar que podemos resistir. Aún más: que podemos seguir apeteciendo.

No quiero ejercer sobre mí mismo influjo alguno; prefiero cercarme con insobornable censura. Porque podría convencerme de que no puedo resistir; ese sería el gesto airoso. Pero la resistencia se demuestra resistiendo, y no consigo aniquilarme ni con el bochorno de mi resistencia. No entraré con falsos méritos en el terreno de los hombres de honor. Mi censura será, más que para la estética de mis actos, para su origen. No me quitaré la vida, puesto que la deseo. Lo que haré será exponerla. Podría ocultarla; es decir, disimular mi voraz goce de ella. Pero lo expondré. Es adonde llega mi valor. No arrojarla con generosidad fingida, ni guardarla como algo ilícito. Ir con ella, amándola inmensamente, absorto en ella. Y, si es posible, que me la quiten cuando me sea más cara.

Esto ya no es estilizable; debo guardar mis decisiones, no manosearlas, para que no llegue jamás la vida a teñirse de este frío vidriado literario, ni la obra a desequilibrarse por irreprimibles latidos de la vida.

La imposibilidad de suicidio en mi protagonista no será más que ese mirar atrás, ese probarse su suicidio, llenándole del encanto de su imagen. Mi protagonista se conmoverá ante la imagen de su suicidio. Se enamorará de ella, se la llevará al subir al tranvía para hacerla perdurable en su memoria. La ira contemplando todo el trayecto, adornada, abrillantada con las lágrimas de los cristales y las suyas. Se le interrumpirá la acción por extasiarse ante la idea. A mí, en cambio, es siempre una acción súbita, inesperada, lo que me hace dejar incompleta la anterior.

Mi drama sería cinematizable a lo HaroldLloyd. Aunque yo no use su perenne risa dentífrica, también me caracteriza la misma torpe agilidad, el mismo estilo en el tropezón, en salvar la nariz a un palmo del suelo. Yo podría, plagiándole, invitar a la muchedumbre a mi suicidio y arrojarme sobre los congregados desde lo alto del rascacielos, dejarme caer sencilla y distraídamente, entreteniéndome por el camino en contar los pisos a la inversa. Decimonono, decimoctavo, decimoséptimo... Y al llegar al segundo, cuando los de abajo hiciesen claro para dejarme libre el suelo, volver sobre mí mismo con rápida decisión y, cogiéndome por el cuello de la chaqueta, como para colgarla en la percha, sin punto de apoyo alguno, sin más fuerza que mi propio impulso, subirme otra vez al alero. ¡Qué hilarante desilusión verme ascender hasta alcanzar el plano inaccesible al curioso, el libre plano de la azotea, máximo nivel de la ciudad! Además, como todo buen film, terminaría en el abrazo de la novia. Ella me esperaría arriba, en aquel puro ambiente, y yo caería otra vez en la vida. Volvería a encontrar la mía, a arrojarme en ella, ansioso de su novedad.

¿Cómo evitar esta intermitencia? Mis ideas son cada vez más entrecortadas por este ritmo neurótico. Más que indisciplina, mi imposibilidad de curso regular en ellas es falta de aliento. Se me ahogan si bucean mucho tiempo en lo literario; necesitan continuamente airearse en lo real. Más bien reconfortarse. Es desfallecimiento lo que padecen, necesidad de alimento. Está en la médula de mi modo de ser; soy todo yo el que sufro rachas de apetencia. Ahora puedo concretar la vaga emoción de aquel día. Bajar del tren, helado y muerto de

hambre, y, nada más sentarme en el restaurante, servirme aquel plato que nunca hubiera pedido, que no figurara en ningún menú. Pero que con tanta urgencia sirven a cada viajero, sabiendo que él sólo puede fortificarle en la espera. Toda la aflicción que empobrecía mi ánimo quedó calmada ante el blanco plato, caliente y vacío. Después de él, lo demás resultaba innecesario. Su limpio calor, insaboro, esencia de todo lo apetecible, se difundió en mí, haciendo de la pesada hora del transbordo un momento de indecible ligereza. Me bebí el tiempo de un sorbo, como en la mística comida franciscana en que, al probar la hirviente palabra, fueron los comensales *ratti in Dio.*

¡Deseo y hartura! Sentirme morir de soledad, de necesidad; aniquilarse en consumir el propio jugo. ¡Absorber, trasegar otra esencia en nosotros, robusteciendo, corroborando nuestro ser! ¡Delicia incomparable! ¡Abominemos de los inapetentes! Y aun es posible, a más de desear, desearse; querer probar las cosas y su repercusión en nosotros, sentirse en la soledad mutilado ante la vida, necesitar el choque de nuestro tacto con su cuerpo.

Mi protagonista resistirá su soledad, rumiando sus sensaciones atragantadas. Sentirá que la mujer le deja; pero tendrá para mucho rato bastante de ella. Después cerrará la imprenta, donde habrá ido repartiendo su energía entre los compradores. Y se encontrará con la cáscara vana de la casa, chafada como un traje caído de la percha, inanimable, inarticulable. Se irá a la calle. La hora de realizar el día -la noche- le apremiará, obligándole a sintetizar. Su proceso, breve y sin complejidad, le dará el comprimido de una necesidad insufrible de respuesta y un miedo desolador de quedar definitivamente aislado.

Irá derecho adonde sabrá que ha de encontrarla. Irá tan convencido, lo llevará todo tan aclarado, que no pensará más que en recuperarla. Tan trascendente el acto de volver a traerla; será borrar, cambiar todo, disponerse a una cosa nueva. Mezcla excitante de esperanza y propósito. Tomará un taxi que dejará a la puerta, trepidando su aliento agitado. Él contendrá el suyo al subir. Meditará antes de llamar su actitud en la casa donde él no es el hermano. Irá a pedir lo suyo y temerá que se lo nieguen. Barruntará lo que se habrá formado del otro lado de la puerta: una firme sociedad, vinculada nuevamente por la conmoción que causó al llegar la fugitiva, de donde él habrá sido excluido. Llamará sin adoptar posición, y saldrá a abrirle el otro marido. Hablarán en la antesala, discutirán sus respectivas teorías de maridos. Ellas, mientras tanto, estarán en el comedor. Mi protagonista, al oírle, dejará la mesa y se acurrucará en una silla baja, lo más posible pegada a la casa, para que cuando entre crea que no va a poder sacarla. La hermana escuchará en la puerta. Los niños reunirán sus cabezas sobre la fuente de ensalada. Mi protagonista oirá el dúo de los maridos. La voz del suyo ganará terreno, irá imponiéndose, irá metiéndose; el otro no podrá cortarle el paso. La oirá con derretimiento de alegría, tan fuerte, tan decidida, que así podrá ella usar su resistencia. Se arrellanará en la silla, gozando en cómo va a tirar de ella. Y cuando llegue será pequeño en toda su estatura junto a ella, en su sillita, con su arrogancia enana. Buscará otra silla igual para nivelarse. Entonces, mirándose por entre las cejas, hablarán bajo. La escena conyugal se convertirá en coloquio de prometidos, impacientando a los dueños de la casa. Ella esconderá la cara en la sombra de la cabeza de él, manga conductora y aisladora de su intimidad. La violencia de la situación se escapará de ellos e invadirá a los otros. Los niños perderán la ilusión de la huéspeda, por la pesadez de la visita. Mis protagonistas se despreocuparán de todo, se embeberán en su nueva emoción. Él concretará: «Vámonos», y enseguida lo dulcificará insistiendo entre petición y promesa: «¿Nos vamos?» Hasta que ella, callando, otorgue. Y se irán, dejando en los otros vaga envidia de su reconciliación. Se irán en el taxi. Ella, al subir, sentirá que lo ha traído para llevársela. ¡Urgencia y trascendencia de la vida nueva! Volarán en blando y ligero recogimiento hacia ella.

Hasta aquí llegan sin dificultad mis protagonistas. Pero ¿cómo seguir? Siento que mis obras quedarán siempre cortadas, sin punto final, como si me faltase saber algo para rematarlas, como si necesitase cursar finales. Hay veces en que mis personajes se independizan, sorprendiéndome con derivaciones inevitables, y otras que me exigen, por haber venido a parar a tal punto, cosas que quisiera reservarme. Ahora no soy capaz de inducirles a un final satisfactorio. Ellos necesitan seguir una vida recta, confiada; aventurarse por un camino sin

ninguna dirección marcada. Pero que dé acceso a todas. Yo no concibo qué otra cosa pueden hacer, al día siguiente de su reconciliación, más que levantarse, y él, como todo marido, al afeitarse con su Gillet, arreglarla la nuca. Pero del encanto que puede haber en esto no quisiera hablar.

Hay asuntos ventilables, y otros de tan volátil esencia que es preciso sellarlos para que no trasciendan. Allí donde se descuide unresquicio se infiltran y lo llenan todo de un denso olor de realidad.

Acaso sólo otra realidad pueda resolverme el problema. Esta de la que mi protagonista ha surgido. Él puede también intentar apresar el extracto de su pasado. Pasarle, medirle, llenarse del sentido de su dimensión. Así partirá de mí un árbol genealógico...

También esto es superfluo. ¿Por qué me empeño en rematar esta historia? ¿Por qué inscribir su tiempo en el mío? Es innecesario. Basta realizar un trozo de Naturaleza, ¿viva?..., concretándome a desentrañar el último reducto de sus volúmenes, a encontrar la ecuación de sus calidades. Por ahora no puedo conseguir más. Es necesario este ensayo, esta comprobación de mí mismo. Y, además, hacer balance, desembarazarme de las viejas existencias y emprender una nueva, no sé cuál; una que parta de aquí. Sin necesidad de perseguirla, ella vendrá a ofrecérseme, como sin necesidad de huir, es decir, retornando, se ha derrumbado la prisión.

La existencia de un hombre sin destino debe brotar por generación espontánea, como flora invisiblemente fecunda. Toda mi esperanza aguarda el misterioso germinar de la nada, del sustancioso fruto hueco, el cero, total de mi balance. Tesoro que no abruma con su peso, sino al contrario, incita con su prurito ascendente.

Algo ha terminado; ahora puedo decir: ¡principio!